Romper con las costuras

Sara Carrasco

Capítulo 1

El remedio

Zulema suspiró agotada. Llevaba varios días con la cabeza perdida en sus pensamientos, paseando por los pasillos con cara melancólica, preguntándose una y otra vez qué era lo que había mal en ella. Aunque para ser sinceros, en lo profundo de su ser albergaba la verdadera razón de su tan lamentable estado, pero dolía tanto saber que no había remedio para su dolor, que se negaba a ser sincera consigo misma.

—Zulema, cariño, el médico ya ha llegado— dijo su madre con todo el cuidado que pudo reunir. Estaba preocupada por su hija, su estado parecía agravarse cada día que pasaba y hoy se había negado a comer—. Confío en que el doctor Baurli sepa la forma de arreglarte, hija mía.

— Yo también, madre. Yo también— contestó con derrotismo en su voz.

La muchacha giró sobre sus talones y volvió a perderse en el maravilloso paisaje que le brindaba el balcón de su habitación. Los maravillosos jardines, que con tanto mimo cuidaban los jardineros de su familia, estaban espléndidos aun siendo principios de invierno. El frío, la niebla, el color gris del cielo, los árboles vacíos de hojas... todo ello formaba un maravilloso paisaje melancólico del cual, Zulema siempre había sabido apreciar su belleza.

— Los jardines están espléndidos, madre— comentó, y sin necesidad de darse la vuelta, notó cómo su progenitora henchía el pecho de orgullo—. Es una pena que llegue el mal tiempo.

La madre abrió la boca para contestar, pero la entrada del doctor Baurli en la habitación le robó la atención.

— Doctor Baurli, muchas gracias por haber venido tan rápido.

—No se moleste, Hilda— la mujer se detuvo ante el nuevo invitado—. Para mí es un placer ayudarles en lo que pueda.

—No sé qué haría nuestra familia sin amigos tan considerados como usted.

—¿Zulema, que tal te encuentras? — la muchacha despegó la mirada del ventanal. Se encogió de hombros y volvió a perderse en el paisaje—. Siéntate en la cama, Zule.

El hombre giró sobre sus talones, dispuesto a ofrecer gentilmente a la señora que desalojara el cuarto, pero la mujer se adelantó a sus

intenciones.

— ¿No cree que es posible que preciséis de mi ayuda? No ha comido desde ayer, está débil. Es posible que necesite a su madre si se desmaya.

El doctor negó con la cabeza repetidas veces.

— No es necesario, Hilda. Aun así, si preciso de su ayuda no dudaré en llamarla. Muchas gracias.

La señora frunció los labios, pero tras un pesado suspiro de resentimiento, se marchó de la habitación.

La muchacha se sentó sobre la cama con la mirada ausente. Dejó que el médico hiciera su trabajo mientras volvía a empaparse en sus propios pensamientos, ignorando por completo la mirada analítica del profesional.

Sin duda, algo dentro de ella había dejado de funcionar. Era inútil negar lo evidente, el problema lo tenía ella y no los demás. Se había resignado durante tanto tiempo ante las exigencias de sus padres para hacer de ella una señorita perfecta, que cuando se atrevió a abrir los ojos se percató de todo el tiempo perdido en clases de costura y brocado. Se había convertido en lo que hacía unos años detestaba con cada esquina de su ser: ser la hija perfecta para sus padres.

Suspiró derrotada, en el fondo no quería tener razón.

—Pues ya hemos acabado. Puedes volver a cubrirte— la muchacha obedeció.

—¿Sabe usted qué es lo que me pasa? ¿Va a recetarme algún remedio?

— Me temo, Zulema, que no puedo hacer nada por ti— contestó firmemente sin apartar la mirada de su botiquín—. Yo solo trato dolores físicos, y me temo que lo que a ti te aflige es algo que solo está en tu cabeza. He visto casos similares al tuyo, pero siempre en personas de avanzada edad... — se sentó junto a ella sobre la cama y colocó con dulzura una mano sobre su pequeña y suave mano, obligándola a mirarle —Zulema, sea lo que sea lo que te esté ocurriendo, quiero que sepas que no estás sola. Tienes una madre preocupada al otro lado de la puerta que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa para ayudarte; tienes amigas con las que compartes mucho tiempo libre que seguro estarán dispuestas a escucharte... No estás sola, Zulema— el hombre trató de leer por debajo del rostro inexpresivo de la muchacha, pero fracasó. Frunció los labios, y resignado volvió a incorporarse—. Sea cual sea el problema que te mantiene en este estado, créeme niña, como viejo sabueso que soy, sé que tendrá algún tipo de solución. ¡Tienes diecinueve años! Tienes una vida entera por delante, y no existe ningún problema lo suficientemente

grande como para mantenerte en este estado. ¡Anímate chiquilla, qué todo tiene una solución!

La muchacha bajó la mirada mientras se mordía el labio, nerviosa. Tenía una vaga idea de lo que se podría llamar solución a su caso, ¿Pero estaría dispuesta a llevarlo a cabo? ¿No sería demasiado descabellado para una mujer de su clase?

—¿Podría recetarme al menos algún tipo de placebo para que mi madre piense que podré ponerme bien para el baile de máscaras?

Su madre dedicaba todos los años más de dos meses a preparar aquella fiesta a la que asistirían más de la mitad de la nobleza del reino. Aunque su principal motivo era alardear de sus maravillosos jardines y fuentes, existía un plan más o menos oculto: encontrar un marido para su segunda hija, Zulema, o al menos que todos los nobles fijaran sus ojos en ella. Pero cuando el estado de ánimo de su preciosa hija empeoró, Hilda cayó en un profundo estado de nervios.

—No pienso engañar a tu madre—dijo absoluta rotundidad—. Zulema, tus padres son unas excelentes personas, no podría ocultarles nada.

—Haré todo lo posible por mejorar, pero necesito que mi madre se calme—no le importó que sus palabras sonaran a súplica—. Su estado de nervios a penas le deja dormir y temo que la que desfallezca en cuanto menos lo esperemos sea ella.

El doctor la miró detenidamente, sabía que no le estaba engañando pero quería asegurarse de ello.

—De acuerdo — dijo finalmente—. Pero si no veo mejoría, hablaré con vuestros padres.

La muchacha asintió y posteriormente, observó cómo el doctor se recolocaba las solapas del abrigo y salía de la habitación. Agradeció en silencio que aplacara a su madre, y que ella no la invistiera a preguntas. Necesitaba calma para pensar.

Capítulo 2

Máscaras, bailes y vicio

Tres meses más tarde...

Después de decenas de complicaciones y centenares de quebraderos de cabeza, la mujer de Felip Azquech por fin podía ver su tan deseada fiesta comenzar. Todas las personalidades más acaudaladas y poderosas del continente conversaban y bebían sin remilgo en su salón de baile. Aquella fiesta era especial al resto, no solo por su esencia principal, que animaba a todos sus invitados a ser lo que siempre habían deseado ser, sino por la temática escogida aquel año: el vicio.

Hilda, se había visto obligada a recortar la lista de asistentes, triplicar la seguridad y aseverar las normas que los invitados debían cumplir: vestir en relación a la temática, portar una máscara con la que poder mantener oculto el rostro y cualquier comportamiento indecoroso sería expulsado cuanto antes de la ciudad. Pese a la temática, deseaba una fiesta sofisticada y no una bacanal de prostíbulo.

Por otra parte, Zulema se paseaba entre el gentío, aceptando las invitaciones de baile de aquellos varones que no le soltaban el primer piropo que se les pasaba por la cabeza. Esto no le dejaba muchas opciones para bailar, pero para su sorpresa, se descubrió divirtiéndose por aquel juego. Era un auténtico reto rechazar las invitaciones con elegancia y con el suficientemente tacto para no ofender a la otra parte. Pero su diversión no duró mucho, pronto comenzó a sentirse incómoda en aquella pompa de ostentosidad y apariencia a la que, pese a su pesar, sabía que permanecía. Aunque su madre había respetado su deseo de ausentarse en cuanto sintiera que su ánimo empeoraba, trataba de que aquel momento se alargara por lo menos hasta media noche, cuando su ausencia no levantara chismes por parte de los invitados.

Zulema salió del salón de baile en busca de aire fresco que respirar y no pudo evitar pensar en sus padres de camino a los jardines. Sabía que eran buenas personas aunque tuvieran sus fallos, pero ese afán de provocar no había llegado a entenderlo del todo. Por todos era sabido que su familia siempre había repudiado de las instituciones religiosas, y las instituciones odiaban a su familia por lo poderosa que se había convertido en tan poco tiempo, ¡y sin ningún título nobiliario que les respaldase! Habían convertido la desaprovechada ciudad de Sagari en el foco económico más importante del continente. Los sagaríes amaban a su familia porque se preocuparon de la ciudad cuando nadie quería atenderles: costearon las obras de asfaltado, los sistemas de alcantarillado y de alumbrado, levantaron orfanatos, tiraron y reconstruyeron viviendas que antes eran de madera y que eran susceptibles de causar incendio... Con el tiempo, su

familia controló toda la red comercial del país. Las instituciones vieron su sobreanía tambalearse por primera vez desde hacía siglos, su familia lo sabía y aquellas fiestas solamente eran mensajes para decir: "Aquí estamos y hacemos lo que nos plazca".

— Señorita Azquech —la muchacha se volteó, sorprendida, creía que estaba sola —, es un placer conocerla— la muchacha asintió confundida, nunca había visto a aquel hombre y la máscara no ayudaba a facilitarle su reconocimiento —. Espero no haberla asustado.

La muchacha negó con la cabeza.

— No se preocupe, señor. No me ha asustado— mintió.

Ella extendió la mano en el aire y se obligó a sonreír aunque lo que más le apetecía en ese momento era mandar a paseo a aquel desconocido.

— Veo que los rumores sobre su exquisita belleza son tan reales como este suelo en donde piso— comentó mientras le besaba el dorso de la mano.

La muchacha fingió ruborizarse mientras apartaba la mano de su contacto demasiado rápido como para pasar inadvertido. Había escuchado ese mismo cumplido varias veces en lo que llevaba de noche, e incluso con su elegante voz de barítono sonaba ridículo.

— ¡Marqués, por fin le encuentro! —ambos voltearon hacia la muchacha que corría hacia ellos con una ridícula expresión de sorpresa en la cara. Su extravagante peluca se tambaleaba con cada paso que daba y su exagerado escote amenazaba con expulsar a alguno de sus dos pechos— Marqués de Damén, no creía que fuera a asistir hoy a la fiesta.

—Señorita Zenai—aceptó la mano que con tanta gentileza la muchacha sostenía en el aire y la besó—, habéis crecido mucho desde la última vez que tuve el placer de veros.

—Espero que lo diga para bien.

La muchacha aleteó sus pestañas y le dedicó una fingida sonrisa tímida.

Conocía a la familia Zenai desde hacía muchos años, y desde el primer momento en el que ambas niñas se conocieron, se odiaron con todas sus fuerzas. Hacía dos años que se habían visto obligadas a hacer las paces por el negocio entre sus padres, pero ella parecía disfrutar provocarla. No cabía duda de que estaba tratando de flirtear con el marqués delante de ella y se habría molestado sino fuera porque no le trasmitía nada bueno

aquel hombre.

El marqués le dedicó una sonrisa traviesa y unas palabras exquisitamente seleccionadas que provocaron el rubor de Zenai.

Zulema aprovechó aquel momento en el que ella estaba siendo ignorada para analizar al marqués con mayor detenimiento. Poseía un peculiar atractivo más allá de su evidente belleza, tenía rasgos finos y una intensa mirada azul debajo de unas largas y espesas pestañas rubias. Tenía una voz profunda capaz de embelesar a cualquier mujer, y una exquisita forma de hablar que le hacían ser el tipo de hombre más peligroso para una noble casadera. No era lo que buscaba Zulema, y aunque debía de sentirse halagada porque aquel demandado noble se hubiera fijado en ella, no lo estaba. Era más, le irritaba que él pensara que era como la señorita Zenai: una niña rica y caprichosa, con la única preocupación de saber qué vestido ponerse al día siguiente y procurar que su suministro de polvos no cesara nunca.

— Señorita Zenai — intervino.

— ¿Si, querida? — no se molestó ni siquiera en mirarla.

— ¿Tiene el placer de presentarme a su amigo?

— ¡Oh, por supuesto! ¡Qué mal educada por mi parte! —Distraídamente posó su mano sobre el brazo de su acompañante— Señorita Azquerch, le presento al Marqués de Damén.

— Es un placer, marqués— dijo mientras hacía una pequeña reverencia.

— El placer es mío, señorita. Pero ha sido culpa mía, he sido muy grosero por no presentarme antes ¿Le complacería bailar el próximo baile conmigo a modo de disculpa?

Margarita Zenai no se molestó ni siquiera en disimular su cara de desagrado.

— Le agradezco mucho su invitación, marqués, pero tal vez más tarde. Debo de buscar a mi madre.

— Esperaré, pero mientras tanto... —se giró sobre sus talones y le dedicó una traviesa sonrisa a la muchacha que le observaba con pura adoración— Señorita Zenai, ¿aceptarías bailar conmigo?

— Por supuesto.

Su sonrisa de cortesía desapareció cuando les perdió de vista. Todo aquello le estaba superando por momentos. Por mucho que se había

exigido a sí misma no desaparecer de la fiesta, no encontraba las suficientes fuerzas para afrontar todo aquello y olvidar ese pensamiento que le rondaba en la cabeza: "Eres como ellos".

Habían pasado los días y Zulema se había esforzado en mejorar su estado, o al menos en aparentarlo. Había aprendido a sonreír aun sin tener ganas de hacerlo, y había utilizado todo el tema del baile para mantener su cabeza ocupada. Pero aun así, se sentía peor que nunca.

—¡Oh! ¡Zulema, cuanto tiempo! —una señora de la edad de su madre se acercó a ella, seguido de un hombre de la misma edad, su marido.

— Señora Saint, un gusto volver a verla.

—Va a ser difícil mejorar esta fiesta. ¡Cómo se nota que tu madre tiene buen ojo!

La conversación se alargó más de lo que le habría gustado, pero aun así, se obligó a no dejar de sonreír. Les explicó todas las novedades que su madre había hecho en el jardín y aprovechó que la pareja de ancianos se entretuvieron con los esplendidos rosales para ausentarse.

Llegado a un punto del camino, apartó con las manos unas ramas y no sin dificultad, se introdujo dentro. Aquel era su escondite secreto, el sitio donde se retiraba para pensar, y donde tomaban el té con su madre cuando se tenían algo importante que contar. Aquel lugar era mágico, había estatua decorada de enredaderas, un pozo tapiado y unos bancos donde poder descansar. Sonrió al recordar aquellos buenos momentos que había vivido en ese pequeño espacio jugando con Lucas, Xoel y Aldo.

— Eres muy escurridiza.

La muchacha se volteó asustada.

— Me ha asustado, Marqués—comentó mientras se llevaba la mano a su pecho, que latía desbocado—¿Qué hace usted aquí, marqués?

— Vengo a por el baile que me ha prometido.

Su mirada ya no era agradable y su voz escondía segundas intenciones. La sonrisa lobuna que dibujó en su rostro hizo que un escalofrío la recorriera de los pies a la cabeza.

— No debemos de estar aquí a solas— le espetó— Me buscará la ruina.

— Hoy es la noche de la lujuria y el vicio, preciosa. Debemos de dejarnos llevar, preciosa—la muchacha sintió náuseas—. Además, si no quería que su reputación estuviera en peligro no debería de estar aquí a solas y

mucho menos haber estado provocando con ese vestido.

El hombre caminó lentamente en dirección a ella. A cada paso que daba, el corazón de la muchacha se comprimía de miedo.

— No se acerque más, o gritaré— amenazó.

—Adelante, quiero ver qué pasaría.

Estaba a punto de gritar, le daba absolutamente igual lo que la gente pudiera decir u opinar, no quería que aquel hombre la hiciera daño.

— Zule— una figura de fuerte complexión se asomó entre los arbustos con dos copas, cada una en cada mano—, aquí te traigo la bebida que te había prometido— se detuvo al toparse con el marqués—. ¿Y usted es...?

— Marqués de Damén, un placer — hizo énfasis en su título — ¿Y usted...?

— ¿No cree que quedarse a solas con una señorita no es apropiado? — le interrumpió el desconocido.

— Usted parecía tener las mismas intenciones— le espetó el noble.

No se inmutó por sus palabras, se acercó a la muchacha y ella aceptó la copa que le ofrecía, pero no pudo disimular el temblor de sus manos.

— Soy el General Lohan y gran amigo del señor Azquech, su hija se encontraba mal y he decidido acompañarla por miedo a que algún indeseable se aprovechara de su débil estado.

— ¿Se encuentra mal? —se dirigió el marqués a la muchacha, ignorando la evidente indirecta del General—No me había mencionado nada.

— No me pareció necesario mencionarlo, se le veía muy complacido con la compañía de la señorita Zenai.

—Espero que se recupere pronto, señorita Azquech, y que podamos retomar nuestra conversación— la muchacha se limitó a asentir—Ha sido un placer, General Lohan.

Ahí estaba de nuevo, esa sonrisa llena de perversión que solamente la provocaba repulsión y miedo.

Antes de marcharse, el noble le dedicó una sonrisa amilanada y repleta de superioridad al guerrero, pero él no pareció molestarse por ello pese a su ceño fruncido que parecía ser habitual en él. Cuando el noble desapareció de su campo de visión, la muchacha liberó toda la tensión acumulada en

el momento.

—¿Usted también viene a atormentarme? —suspiró frustrada mientras se dejaba caer sobre el banco.

Sólo quería disfrutar de los recuerdos que le evocaba aquel lugar estando en soledad. ¿Era tanto pedir? Se frotó la frente con las palmas de las manos. Aquello parecía un mal sueño que nunca iba a acabar, pero al contrario que con el Marqués de Damén, con el General se sentía a salvo. Aunque a partir de ahora no iba a prejuzgar tan rápido.

— Puede estar tranquila, yo no quiero hacerla nada que no desee.

La muchacha dejó caer las manos en sus muslos, se sentía derrotada. Había comenzado el día bien, con ganas de que comenzara la fiesta solo para ponerse ese vestido que no hubiera sido correcto en cualquier otra ocasión y sentirse guapa. Había llamado la atención de todos los invitados y atraído más de una mirada, y aunque le había encantado sentirse deseada y guapa, ahora solo se sentía culpable.

— ¿No le dirá nada de lo ocurrido a mis padres, verdad?

— Descuide.

— Podría usted... —la muchacha suspiró agotada, le costaba incluso escoger las palabras adecuadas —... ¿Podría usted hacerme compañía al menos por un momento?

Por muy contradictorio que pareciese, ahora se negaba a estar a solas con sus pensamientos. Temía dejarse arrastrar y estropear los pequeños avances que había conseguido durante esos tres meses.

— Por supuesto —el hombre se sentó a su lado—. ¿Se encuentra bien?

—No, no me encuentro bien —dijo molesta.

—Lo lamento, si pudiera...

—No puede hacer nada—se adelantó a su pregunta—, el problema lo tengo yo.

— ¿Qué le ocurre?

— Esto ha sido un error— se levantó bruscamente—. Debería de volver a mi habitación y no volver a salir nunca más.

Caminó en dirección a la salida, no quería estar allí por más tiempo. Estaba harta de todo aquello, solo quería meterse en su cama y no salir

nunca. Pero un fuerte agarre en el brazo se lo impidió. Cuando se dio media vuelta, se chocó contra su pecho y molesta, le golpeó con las palmas de las manos.

— ¿Qué hace? ¿Está loco? ¡Suélteme!

El hombre no dijo nada, solamente se limitó a señalar con la mirada el cielo. Un estallido de luz invadió el cielo nocturno y seguido de él, otro, y otro, y otro más. Eran fuegos artificiales.

La mujer suspiró agotada y reprimió su deseo de apoyar la frente sobre su pecho. Aquello parecía ser una broma del destino. No podría salir de aquel lugar sin ser vista por los asistentes que disfrutaban de los fuegos desde el otro lado del arbusto.

— No sea tan pesimista, mujer. Tenga — soltó su agarre y le ofreció la copa de champán que llevaba en la mano. La muchacha lo miró con desconfianza y negó con la cabeza—. ¡Caray mujer! Eres como un gato de desconfiado. Créame, no tengo ninguna intención de lastimaros.

La muchacha volvió a declinar su oferta y el General únicamente se limitó a encogerse de hombros y sentarse en el banco.

—¿Cómo sabía que me encontraba en apuros? —ya que no podría salir de allí, al menos se distraería conversando.

— Vi a ese hombre acecharos y no me dio buena espina.

— ¿Y por qué se molestó en socorrerme? —preguntó con sincera curiosidad.

— Reconozco a un hombre deleznable solo con mirarle. La forma en que os miró cuando os saludó no me dio buenas sensaciones.

— ¿Me estaba mirando en la fiesta? — una sonrisa de diversión se dibujó en su rostro. Se sentó a su lado y disfrutó de la reacción del General.

Aquel hombre podía ser muy atemorizador, pero en aquel momento, la muchacha sentía que le tenía entre las cuerdas, e incluso se atrevería a afirmar que le parecía adorable pese a su aspecto amenazador.

— ¿A dónde quiere llegar, señorita Azquech?

— No es malo fijarse en una mujer —añadió con rapidez sin percatarse de que había colocado una mano sobre su brazo con la intención de evitar que no la dejará terminar de hablar —, es más, me alegro de ello, sino no

me hubiera salvado.

El hombre la miró divertido.

— Confieso que me llamó la atención, pero no por lo que esté pensando, sino por su vestido.

—Nunca hubiera imaginado que fuera un apasionado de la moda.

Una carcajada brotó de la garganta del General, era cálida y divertida.

—De lo único que me interesa de la moda son las modelos, señorita Azquech —la muchacha abrió la boca fingiendo escandalizarse, ensanchando la sonrisa del hombre—. Pero este no es el caso.

La muchacha frunció el ceño, fingiendo molestarse, provocando de nuevo la risa de su acompañante.

— Cualquiera diría que está tratando de flirtear conmigo.

— Yo no flirteo, solamente me gusta jugar —se defendió la muchacha—. De alguna forma debemos de matar el tiempo hasta que termine todo esto y pueda volver a recluirme en mi habitación.

Aquel hombre la miró con profundo interés.

— ¿Por qué no nos limitamos a admirar el fantástico espectáculo que vuestros padres han preparado? — preguntó con curiosidad.

— Porque al contrario que las personas que se encuentran al otro lado, usted me parece diferente y quiero conocerle— y lo dijo con total sinceridad mientras se perdía en sus ojos negros.

— Tú también lo pareces y no sólo por la forma de vestir. ¿No llegó a pensar que podría llamar la atención de personas como el Marqués?

Aunque aquella pregunta la irritó, Zulema estaba disfrutando de aquel juego y no iba a renunciar del buen humor que hacía tanto que no degustaba.

—Por algo llevo esto —se llevó la mano a la máscara y lo golpeó repetidamente con la yema de su dedo índice—, para que nadie me reconozca.

— ¿Y le ha servido?

— No.

Ambos rieron.

— Pero no es feo mi vestido— comentó inocentemente, mientras se alisaba la falda del vestido con las manos—, solo es distinto. Incluso he recibido felicitaciones por él.

— En eso no puedo llevarte la contraria, no he visto a ningún hombre de la fiesta que la haya mirado con malos ojos.

La muchacha rodó los ojos mientras soltaba el aire molesta al recordar el gran número de hombres que habían intentado bailar con ella.

— No estoy de humor para hablar de posibles pretendientes, como suele referirse mi madre a ellos.

— Pues entonces hablemos de ti.

— ¿Qué queréis saber? —preguntó con cautela.

— Cuénteme, ¿Qué problema tiene con esa gente de ahí afuera?

—Todo: sus conversaciones sobre pelucas y polvos, sus charlas sobre pretendientes como si fueran su caza... —hizo un ademán con la mano — Me irrita todo de ellos.

Una risa suave como el terciopelo brotó de su garganta, provocando que por un momento, Zulema se quedara embelesada.

— ¿Por qué ha venido usted hoy? —preguntó en apenas un hilillo de voz.

— Negocios.

La muchacha abrió la boca dispuesta a exigir más explicaciones, pero volvió a cerrarla en cuanto los fuegos cesaron y la voz de su padre resonó por todo el jardín.

— Y ahora os queremos enseñar mi sitio favorito, donde escribí mi primera tesis de comercio...

— Van a venir aquí— susurró aterrada la muchacha.

Miró al hombre con desesperación en busca de alguna respuesta, pero solo se topó con un hombre frustrado por no saber dónde esconderla.

— Vamos — le agarró de la mano y le obligó a levantarse de su asiento.

— ¿A dónde? No hay salida.

— Sí que la hay.

El hombre la miró confundido mientras Zulema palpaba los arbustos en busca de algo. La chica soltó una exclamación de alivio cuando halló lo que estaba buscando.

— Tenemos que meternos por aquí.

El hombre se asomó y se percató de que la intención de la muchacha era saltar hacia una fuente que se encontraba a mucha distancia de ellos.

— ¿Estás loca? Hay dos o tres metros de caída.

— Pero la fuente es lo suficientemente profunda para que no nos rompamos las piernas al caer.

— ¿Cuándo fue la última vez que tomó este camino? —demandó saber.

— ¿Seis? ¿Tal vez, siete años?

Definitivamente el General pensaba que Zulema estaba loca.

— ¡Oh, venga! — le miró divertida — La historia no cuenta nada sobre los cobardes.

— ¿Y qué tienes pensado hacer? ¿Saltar? Nos escucharán desde el otro lado.

— Confíe en mí, General. Tengo un plan.

Capítulo 3

El Enredo

Lohan no entendía por qué estaba dispuesto a jugarse la vida por una mujer que solo conocía a oídas, pero aun así lo hizo y se quedó prendado de toda ella. Desde el mismo momento en el que el General posó su mirada en ella, no pudo despegarla durante toda la noche. Ella destacaba entre todas las mujeres de aquel salón, y no sólo porque tuviera el mejor vestido de la fiesta o por su indiscutible belleza, sino por esa exquisita sonrisa que a solo unos pocos privilegiados dedicaba. Cuando ese noble zalamero la miró como un perro a su presa, sus sentidos se pusieron alerta. Salió a su auxilio y admiró su fuerza interna, que ni el miedo fue necesario para despropiarla de su porte regio.

Su volátil en carácter le sorprendió ya que en un momento estaba derrumbada a punto de romperse a llorar y al otro, le ofrecía lanzarse de un precipicio de tres metros a una fuente que el creía que no tendría profundidad alguna. Pero si tenía. Tal y como le había asegurado aquella joven, no se partieron las piernas y ni si quiera llegaron a tocar fondo. La muchacha había conseguido predecir el momento en el que la multitud rompía a aplaudir para zambullirse en el agua. Nadie se percató de su baño nocturno, tampoco de su presencia en el laberinto donde habían corrido a esconderse.

— ¡General, por aquí! — su mirada brillaba de pura excitación.

La muchacha agarró la mano del extraviado General, y tiró de él hacia una calle lo suficientemente alejada para que nadie les molestase. Descansaron sobre un banco de piedra y descansaron por unos minutos. El pecho de la muchacha se movía de arriba abajo, desbocado.

—Desearía no tener este maldito corsé ahora mismo. Me cuesta respirar—Nada más pronunciar aquellas palabras se percató de lo que había parecido insinuar.—No quería decir que....

Pero los dos rompieron a reír antes de que fuera capaz de terminar la frase. Pero su diversión cesó cuando aquellas voces resonaron en el pasillo contiguo al que se encontraban. No podían verlos debido al grueso arbusto que les separaba, pero no les hacía falta para saber de quien se trataban: señorita Zenai y el Marqués de Damén.

— Creía que preferiría la compañía de la señorita Azquerch esta noche...

—¿De la señorita Azquerch? —contestó horrorizado —Me temo que esa mujer tiene menos gracia que un pan sin sal —la joven noble rió —, nunca

se me ocurriría la desfachatez de elegirla por encima de usted, Margarita.

—No entiendo por qué la ven atractiva los demás hombres. Esta noche parecía que no pudiesen despegar la mirada de ella... ¡Y ese vestido! No se puede ser más vulgar.

—Lo único atractivo de esa mujer es su herencia, querida.

La muchacha notó como todo el cuerpo de su acompañante se tensaba. Cuando le miró, sus labios estaban apretados en una fina línea y la vena de su cuello amenazaba con explotar. La muchacha posó su mano sobre su brazo con la intención de apaciguarlo y susurró:

—No me importa lo que digan de mí.

Él posó su mano por encima de la suya y la apretó con ternura, sin pronunciar palabra.

—Lleva tres años participando en estas fiestas y ha rechazado a cada hombre que ha mostrado interés en ella —comentó la noble con ensayado desinterés—. Tiene suerte que todos esos hombres con título quieran algo con la hija de un vulgar comerciante.

—Todos los hombres piensan que es una frígida y que no sabe vivir más a allá de las faldas de su madre—cacareó la muchacha.

Los dos siguieron despotricando, pero Zulema ya no les escuchaba. Se había perdido en la oscura mirada de su acompañante y admiraba en silencio la enigmática atracción que ese hombre desprendía. No era de los hombres más bellos de los que había conocido, pero le gustaba.

—¿Qué ocurre? — murmuró el General con cierto toque de preocupación en su voz, temía que aquellas críticas la hubieran afectado.

— Hoy es una noche distinta al resto —repitió las palabras con las que sus padres habían recibido a sus invitados —. Hoy es la noche en la que debemos de atrevernos a hacer lo que nunca haríamos.

—¿Y qué es eso de lo que nunca te...

El hombre enmudeció cuando la muchacha se inclinó hacia él y le besó. Había sido un beso breve pero con ternura. La muchacha se distanció unos centímetros de su boca, y esperó a que aquel hombre reaccionara.

— No quiero que a la mañana siguiente te arrepientas de todo esto—confesó el guerrero sin abrir los ojos.

Trataba de controlarse, no debía perderse en aquella mujer. Estos no eran sus planes. Sentir sentimientos por aquella muchacha era lo peor que podía haber hecho aquella noche, pero aun sabiéndolo, quería más.

—Lo que pase esta noche no tendrá repercusión mañana— siguió recitando la muchacha—. Mañana no habrá que arrepentirse de nada, más alegrarse de lo que nunca nos hubiéramos atrevido a hacer si no fuera porque esta noche es especial al resto. —Sus labios estaban a escasos centímetros de distancia, y la mirada de la muchacha se oscureció por lo excitante de la situación.— He perdido demasiado tiempo siendo la hija perfecta para mi familia que me he olvidado de vivir. No pienso marchitarme entre cuatro paredes mientras coso un precioso bordado en mi habitación. Voy a hacer todo lo que debería no hacer una señorita perfecta.

—¿Y yo entro dentro de esa lista de pecados?—preguntó con la voz grave cargada de excitación.

— Tú eres el que la encabeza.

Aquellas palabras hicieron que perdiera toda la cordura que le quedaba. La colocó encima suya, a horcajadas y disfrutó del excitante manjar que le proporcionaron sus labios. La muchacha reaccionó, al mismo tiempo que le tomaba por la nuca para profundizar el beso. Cuando un gemido de satisfacción brotó de la garganta del general, una fuerte oleada de calor se apoderó de la muchacha. Nunca había sentido aquella sensación pero deseaba todavía más, el General pareció leerle los pensamientos y acercó todavía más su cuerpo al suyo.

Lohan sintió como la muchacha temblaba entre sus brazos y recordó que estaban empapados. Aquella noche la brisa nocturna era fría y lo que menos deseaba era enfermar en aquel país donde absolutamente todos podían ser potenciales enemigos. Con mucho esfuerzo rompió el contacto. La muchacha soltó un jadeo de fastidio, y como disculpa, Lohan le plantó un beso casto en los labios.

—No me perdonaría nunca si por mi culpa enfermaseis. Debemos irnos de aquí.

—Tengo algo interesante que enseñarte.

El hombre sonrió divertido. Aquella muchacha era muy distinta a las que había conocido antes, y eso le encantaba. Aun así, sabía que debía ir con cautela.

Salieron del complicado laberinto y tomaron un sendero secundario hasta

llegar a su destino.

— ¿Aquí es donde queríais llevarme? ¿A los establos? — preguntó extrañado.

— Más o menos -contestó divertida—. Te quería presentar a alguien- la mujer se rió de la confusión pintada en el rostro de su acompañante — . Se llama Toffe.

El alboroto inundó el establo por un momento. Un animal mucho más grande que un potro de dos meses se abalanzó sobre la muchacha. Lohan se descubrió con la espada desenvainad y la vergüenza le invadió cuando Zulema le observó aterrada.

— General ¿Qué hace?

— Lo lamento, creía que...

— ¿Que me iba a atacar?

El General sonrió avergonzado mientras observaba cómo aquel animal gozaba de las atenciones de su dueña. Tenía la tripa expuesta y la lengua fuera, parecía de todo menos agresivo.

— Te presento a Toffe, es un lobo que me encontré en el bosque hace apenas tres años. Es mi mejor amigo y mi protector.

— Encantado, Toffe — se agachó junto a la dama y alargó la mano con la intención de acariciarlo.

— Despacio — advirtió la muchacha en apenas un hilillo de voz — , deja que te huela antes.

El animal se tumbó de lado, y receloso olfateó el dorso de la mano del general. después de unos segundos que a Lohan le parecieron una eternidad, el perro volvió a retomar su antigua posición y dejó que le acariciaran la tripa.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de la muchacha.

— Creo que estoy cogiendo frío -confesó mientras se incorporaba y se abrazaba para recobrar el calor.

— Debes cambiarte.

— Tú también - apuntilló. Se mordió los labios pensativa — , creo que

tengo una idea.

Lohan la miró, asustado.

— No te preocupes - le tranquilizó — , esta vez es menos arriesgado. Sólo hay que escalar.

— ¿Escalar?

— Es broma — rió a carcajadas — deberíais de veros la cara de espanto que tenéis.

Lohan agarró de la cintura de la muchacha, y le atrajo a su pecho. La besó en los labios y supo cortar el beso en el momento justo para dejarla ansiosa de más.

— Viniendo de usted, ya no sé qué esperarme — su respiración entrecortada, la forma tan íntima de hablar y su voz grave convirtieron aquellas palabras en una caricia.

La muchacha se obligó a separarse de él y respiró profundamente con la intención de despejar su cabeza.

— Necesito que me sigas sin hacerme ninguna pregunta — dijo con total sinceridad-. Hace mucho que no utilizo los pasadizos y temo que nos descubran.

El General asintió y observó desde su sitio cómo la pequeña mujer se agachaba y palpaba con las manos el suelo. Cuando consiguió encontrar lo que buscaba, tiró de la pesada trampilla y le hizo una seña al General para que se acercase.

— Necesitamos luz- observó el hombre.

— Encima de esa mesa hay una lámpara de aceite. Tráela.

El General así hizo, no sin antes encenderla.

— Vamos — le apremió la muchacha.

Se introdujeron en aquel entramado de pasillos estrechos en los que reinaba la oscuridad. Después de varios minutos andando, Zulema se paró en lo que Lohan creía que era una simple pared de piedra como todas ellas, y tras palpar con meticulosidad la pared, la muchacha tiró de una bisagra. Aquella puerta daba al salón de los hombres, donde apostaban a las cartas, bebían alcohol y donde su Felip Azquech hacía sus negocios. Estaba vacío, tal y como la muchacha esperaba y se paró delante de un cuadro donde estaba representada una escena habitual de caza. La altura

de aquel lienzo era considerable, casi llegaba desde el suelo hasta la techo. Zulema palpó el marco y cuando encontró lo que estaba buscando, tiró de él con fuerza. Se volvieron a adentrar a la oscuridad y tras salir por otra pared falsa, salieron en medio de un pasillo solitario. Aquella ala estaba prohibida la entrada a cualquier invitado y ningún sirviente pasaría por allí hasta que la fiesta no terminara. Zulema le condujo hasta su propia habitación sin ni si quiera preocuparse de ser acechados por terceras miradas.

Lohan se sorprendió al entrar en aquella habitación, no era la típica habitación de dama a la que estaba acostumbrado. Aquello estaba repleto de libros, pinturas y aunque estaba casi enterrado sobre muchos papeles, un ábaco.

— ¿Ahí es donde duerme Toffe? — dijo señalando una manta estirada en el suelo.

— Sí, es su cama. Me hace mucha compañía por las noches — agarró una bata de seda y se dirigió a su acompañante — ¿Te molesta que me cambie?

— En absoluto.

— ¿Quiere usted alguna camiseta para cambiarse?- preguntó dubitativa-Usted también está empapado.

— ¿Tiene usted de mi talla?-preguntó sin disimular la diversión de su voz.

— Pruébese éste — le lanzó una camisa de color blanco-Es mi pijama.

— Gracias — Lohan sintió la tentación de voltearse y mirar, pero se obligó a no hacerlo. Aquella mujer era especial. — ¿A qué hora termina la fiesta?

— No hay hora. La gente se empieza a marchar después de que salga el sol, y algunos llegan a esperar hasta media mañana. ¿No le van a echar de menos sus acompañantes?

— He venido con un compañero, pero estoy seguro que habrá encontrado algún pasatiempo en mi ausencia.

Lohan aspiró la fragancia dulce que emanaba de la tela. Le gustaba oler aquel olor a limpio.

— Si tienes frío puedes quitarte los zapatos y ponerlos junto al fuego — dijo a escasos centímetros de él con la bata ya puesta.

— Sí, claro.

Pasó la colcha que decoraba su cama por encima de los hombros de Lohan. Ella se colocó a su lado y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

Las horas pasaron y ellos se perdieron la conversación. Hablaron de todo, de sus travesuras de pequeños, de sus aficiones, de sus pensamientos e incluso de política. Para sorpresa del guerrero, le agradó saber que aquella mujer no era como el resto de las mujeres con las que había compartido tiempo libre, no hablaba de moda, tampoco de maquillaje o de chismes que había escuchado por los pasillos. Aunque estaban tan cerca que podía tocarse, no quería devorarla allí mismo como hubiera hecho con cualquier otra mujer, quería conocer más de ella aunque eso jugara en su contra en un futuro.

Sintió como la muchacha se tensaba a su lado, cortando la conversación bruscamente.

— ¿Qué ocurre? - preguntó sin disimular su preocupación.

— Tengo un mal presentimiento. Escóndete- se levantó de golpe y Lohan la imitó.

Vio como la muchacha agarraba la colcha y lo volvía a colocar en la cama. Se sentía frustrado por no saber qué hacer y aunque aquella reacción había sido rara, la noche había sido tan peculiar que no le preocupaba tanto.

— ¿Dónde me escondo?

— Aquí — le agarró de la mano y le llevó detrás de unas cortinas, devolviéndole los zapatos que había dejado junto al fuego. Se percató de que debajo de la delgada bata que cubría parcialmente su cuerpo, se asomaba la ropa interior más bonita y delicada que había visto nunca — ¿Te gusta lo que ves?

Notó como su entrepierna se hinchaba. Aquella mujer le llevaba al límite.

— Mujer, no me tientes- avisó con la voz grave.

— ¿O sino qué?- la mujer acortó la distancia y posó sus manos sobre su pecho. Agarró su colgante y le tiró hacia ella.

El hombre se inclinó para besarla pero el sonido del pomo girándose les obligó a separarse bruscamente. La muchacha se llevó las manos a su cabello, lo tenía húmedo todavía y quienquiera que estuviera al otro lado

de la puerta podría exigirle respuestas. Su corazón latía desbocada.

— ¿Zuli? — una tímida cabeza rubia se asomó por el resquicio de la puerta.

— Puedes pasar, Lucas. No te preocupes.

El joven muchacho obedeció y cerró la puerta tras de sí.

— Tú madre había preguntado por ti.

— Pues aquí estoy.

— Quiere saber dónde estabas durante los fuegos.

— En el establo con Toffe. Le asustan el sonido de los fuegos — mintió con total naturalidad- Además, no le gusta estar solo.

— Si quieres puedo traerle para que te haga compañía — ofreció el muchacho.

La muchacha negó con la cabeza.

— Se asustarán los invitados - se dejó caer sobre la cama y le dio unos pequeños golpes al colchón, invitando a su amigo para que le acompañara —, y si le estropeamos la fiesta a madre querrá nuestras cabezas sobre una pica.

— ¿Sabes? Allí abajo está siendo una auténtica locura. ¡Ha venido el General Lohan! ¿Te lo puedes creer?-el muchacho la miró expectante, esperando que reaccionara.

— ¿Por qué es una locura? — preguntó confundida -A mí me sorprende más que Hilda haya invitado a la familia Zenai. Yo les daría una patada en el trasero y les prohibiría volver a pisar nuestra casa.

No pudo reprimir una mueca de desagrado. Aquella familia era despreciable, pero era un socio muy importante para su padre, ya que les permitían atracar sus barcos en sus puertos a cambio de una sustancial cifra.

— Pero el General es el representante de Yuria, su rey lleva atacando a los barcos de vuestro padre durante meses — Lucas miró sorprendido a su amiga — ¿No os había dicho nada vuestro padre?

Le cortó con un ademán. Se levantó bruscamente y comenzó a andar en dirección a la puerta, lo más alejado de las cortinas donde se escondía el enemigo de su familia, aunque el muchacho lo tomó como una invitación a

marcharse.

— ¿Entonces por qué les han invitado aquí? — demandó saber.

— Tú padre teme que os hagan daño. Vuestro padre recibió un comunicado en el que decía que haría cualquier cosa para salir de la crisis económica.

— Y si controla Sigali, controla toda la sustentación económica del país — terminó ella por él.

— Menos mal que no te has encontrado a esos bárbaros, Zulema — le cogió las manos con la mirada cargada de preocupación — . Aunque hayan venido aquí como muestra de paz y de querer dialogar... Son muy peligrosos.

La muchacha miró con el rabillo del ojo cómo las cortinas se movieron ligeramente.

— Necesito descansar, Lucas — se incorporó con el rostro mudado de color — . Gracias por informarme, cerraré la habitación con pestillo por si acaso esos bárbaros se atreven a hacerme algo. Hablaremos mañana.

Lucas la abrazó y tras despedirse y dedicarle una sonrisa, se marchó. Zulema estaba paralizada, no sabía cómo reaccionar. ¿Le haría daño? ¿Por qué había sido tan estúpida? Sin duda no se sentía tan diferente respecto al resto de nobles, era igual de mojigata.

— ¿Zule?

— No me llames así- le cortó con brusquedad mientras le encaraba — . Me has estado engañando todo este tiempo. Te has hecho pasar por amigo de mi padre y yo, como una estúpida, me lo creí. Estáis extorsionando a mi familia. No te he interesado en ningún momento, has intentado utilizarme todo este rato ¡Y yo, como una idiota te he enseñado los pasadizos y...! — se restregó la palma de la mano en el rostro, con la esperanza de relajarse, pero no pudo-¿Quién sabe si has extorsionado al Marqués para que tuvieras la oportunidad de hablar conmigo?

— Nunca se me ocurriría hacer tal cosa.

— Vete — le ordenó — . Si es cierto que no has venido aquí para utilizarme: coge tus cosas, vete por dónde has venido y déjame en paz. No vuelvas a hablarme y ni se te ocurra hablar de esto con nadie. Por lo que a mí respecta, todo esto ha sido un auténtico error — escupió las últimas palabras como si de veneno se tratara.

El hombre apretó los puños y se obligó a no rebatir. Había sido un error aquella noche, no debía de haberse dejado llevar, y mucho menos haber permitido que esta muchacha llegara tan lejos. Había sido un auténtico error ocultándole su verdadero origen, pero más incorrecto había sido ayudarla. No era más que otra muchacha histérica y creída como el resto en esta fiesta.

Casi se creyó lo que se decía a si mismo hasta que la escuchó llorar antes de cerrar la puerta tras de sí.

Capítulo 4

La Lista

Zulema se dejó caer sobre la cama, derrotada por la tormenta de emociones que estaba viviendo. Nunca había sentido un dolor tan fuerte como aquella noche, y aunque trataba de ignorarlo, no podía. Era un dolor que se aferraba a su pecho con garras y dientes. No sabía exactamente cómo sentirse, lo había pasado tan bien desde hace tanto tiempo y hacía tanto que no conocía a alguien tan interesante y respetuoso como el General que la idea de sentir desamor o desengaño le parecía una estupidez.

—¡Nadie se enamora en una noche! —Se reprendió a sí misma.

También se había sentido idiota por no conocer a profundidad el conflicto entre los yuritas y Sagari, y maldijo a su padre por excluirla de esos temas que él no consideraba correcto para las damas. ¿Desde cuándo les había interesado en el protocolo social? Había estudiado contabilidad e historia mundial desde que tenía razón de uso, ¿Pero sus padres no consideraban que tuviera el suficiente raciocinio para asimilar aquella noticia? Nada tenía sentido y no había cosa que frustrara más a Zulema que no entender las cosas.

Después de infinidad de elucubraciones, se dejó sucumbir por el agotamiento y durmió hasta medio día. Salió de su habitación y pudo alcanzar a escuchar el murmullo de los sirvientes iniciando otro día más en el castillo de los Azquech. Como no esperaba encontrar a sus padres despiertos, mandó llamar a su amigo y sirviente. Se vistió sin ayuda, como solía hacer la mayoría de veces, pese a lo que opinaba su madre al respecto y simplemente esperó sobre su escritorio. Cuando levantó la cabeza de sus hojas, se percató de que la camiseta del general reposaba sobre el poyete de la chimenea. Se levantó con rapidez, con la esperanza de que Lucas tardara en llegar y agarró la camiseta. Su primer instinto fue tirarla, pero se paró a medio camino y se la llevó a la nariz. Inspiró aquella fragancia que la había encantado en un principio y para cuando despertó de ese ensueño, se descubrió así misma guardándolo bajo su almohada.

Pero ya era tarde, Lucas había llamado a la puerta y ya estaba asomando su cabeza rubia por el resquicio.

— ¿Zulema?

— Lucas, pasa —dijo mientras lo acompañaba con un gesto de mano.

— Me han dicho que querías verme.

— Sí, tengo algo que contarte, pero requiero de toda tu discreción.

— Claro—el joven sirviente estaba tenso, hacía mucho tiempo que Zulema no le hacía partícipe de sus pensamientos.

— ¿Todavía tienes a esa amiga... Rox?

— ¿Qué quieres saber de Rox? — entornó la mirada tratando de ver más allá de la máscara de frialdad que últimamente tenía su amiga, pero fracasó y un triste pensamiento se hizo eco en su mente: ¿Cuándo había perdido a su amiga?

— Necesito ir al club de caballeros.

— ¿Cómo? —lo había escuchado a la perfección pero quería pensar que no.

— Quiero ir y jugar a las cartas—contestó con toda la naturalidad del mundo, exasperando a su amigo.

— ¿Y por qué no beber whisky y fumar cigarrillos? —preguntó con todo el sarcasmo que pudo reunir.

Zulema sopesó su pregunta.

— Exacto, ¿Por qué no? — dijo finalmente.

— ¡Sí lo que quieres es destrozar toda tu reputación... ¿Por qué no? —contestó sin perder el sarcasmo.

La muchacha rodó los ojos, aquella conversación iba a ser más difícil de lo que había planeado desde un principio. Pero debía de conseguir que Lucas le ayudara o sus planes no funcionarían.

— ¿Es que no piensas en tu reputación?— preguntó exasperado.

— Si, y estoy harta—y saboreó cada una de las palabras como si de un manjar se trataran. De lo único que se arrepentía era de no haberlo dicho en voz alta antes—. Estoy harta de ser la niña perfecta, que deja su clase de matemáticas de lado por la maldita costura. Estoy harta de que me vean como una mujer con una gran dote. ¡Quiero vivir!

El encargado del establo, y cuidador de Toffe, se quedó callado por unos segundos. Estaba petrificado y no era para menos, lo que insinuaba su

amiga iba más allá de lo imaginable.

— ¿Y a qué viene todo esto? ¿Por qué todo este cambio? Zulema, tus padres tienen los suficientes problemas como para manejar este ataque de rebeldía tan inesperado. ¡Les romperás el corazón!

— ¿Y acaso no importa lo que yo piense al respecto? —cuestionó mientras se llevaba las manos al pecho— A nadie le importa que vaya como un alma en pena por los pasillos si asisto a cada una de mis clases y acepto bailar con cada uno de los hombres que se interesen lo mínimo por mí.

— Eso es mentira—le espetó con brusquedad—, nos has tenido muy preocupados a todos.

— Debo de pensar por mí misma antes de que sea tarde, Lucas —hizo una breve pausa para que su amigo pudiera asimilar sus palabras—, o estás conmigo o contra mí.

— ¡Perderé mi trabajo!

— Eso nunca pasará —contestó tajante—. Tu familia lleva trabajando para mi familia durante mucho tiempo, mis padres os tiene un cariño especial... Nunca os echarían.

—Hasta que sepan que he participado en un absurdo plan para destrozar vuestra vida—hizo una pausa para tragar saliva— Además, si tantas ganas tienes de experimentar nuevas experiencias, puedes hacerlas aquí.

—No es lo mismo.

—¿Por qué no?—demandó saber, irritado.

—Porque ya las he hecho —contestó con exasperada naturalidad—¿Acaso no fuiste tú el que nos suministraste una botella de licor de frutas a Loupe y a mí cuando teníamos dieciséis años?

—Si pero... —se pasó las manos por el cabello, nervioso— ¿Fumar? ¿Ir al club de caballeros? Esas no son cosas que debe hacer una señorita.

—¿Y qué debería hacer entonces, Lucas? —preguntó con angustia en su voz, parecía que aquella conversación estaba condenada a una infinito recorrido— ¿Pasar cada día consumiéndome entre estas cuatro paredes? ¡Quiero sentirme viva! No quiero volver a sentirme mal y...

La muchacha se negó a seguir con su explicación porque ahora que había salido de ese profundo estado de tristeza y que se negaba a revivir

aquella tortura.

— Me alegro mucho de que hayas podido salir de ese estado, todos estábamos sufriendo viéndote así, pero Zuli, hay otros modos de...

— ¿De qué? —le interrumpió con brusquedad— ¿De seguir bailándoles el agua a mis padres?

El muchacho la miró con los ojos entornados.

— ¿Dónde has aprendido tú ese lenguaje? —demandó saber.

— Ayer —se aclaró la garganta, con él era estúpido mentir —... Hablé unos pocos minutos con el General Lohan.

— ¿El General Lohan? —gritó entre confundido y horrorizado—Definitivamente has perdido el rumbo, ¿Dónde has estado viviendo estos últimos años?

En mis propios pensamientos, pensó la muchacha.

— Ese hombre es un maldito ser despiadado, Zulema.

La muchacha negó con la cabeza, negándose a creer aquello.

— Todos hablan de su crueldad y de las masacres que él lidero contra los revolucionarios yuritas —prosiguió el muchacho, negándose a terminar la conversación ahí—. Los yuritas, y en especial el General, son gente sin escrúpulos capaz de mover viento y tierra para conseguir lo que se proponen.

A medida que el muchacho hablaba, más confundida se encontraba Zulema. Aquel hombre con el que desapareció prácticamente toda la noche se había comportado como un verdadero caballero. La había cuidado, la había hecho reír y la había tratado con tanto respeto, que todo aquello que decía su amigo no encajaba para nada con él.

— Solamente le comenté que los jardines estaban espléndidos, nada más— Apenas sabía qué decir y mucho menos mentir. Pero cuando vio cómo su amigo volvía abrir la boca para escupir sapos y salamandras sobre ellos, salió de ese trance con rapidez— No hablemos de ese hombre deleznable. Por favor, Lucas. Te lo ruego—y le miró con tanta determinación que su amigo desistió al momento—¿Vas a ayudarme o no? Porque si algo tengo claro es que voy a hacerlo con tu ayuda o sin ella.

— ¿Acaso tengo alguna otra alternativa? —dijo finalmente.

Zulema sonrió de oreja a oreja, e inmediatamente se lanzó a sus brazos. Le susurró al oído millones de gracias hasta que finalmente se separaron. La muchacha no quería acaparar a su amigo por más tiempo, sobretodo sabiendo que el día que le precedía a la fiesta era de limpieza exhaustiva. Le esperaba un duro día por delante y bastante tenía con el quebradero de cabeza que le había dado.

Se sentó sobre su escritorio y comenzó a ordenar los papeles. Cuando terminó, puso una hoja limpia sobre la mesa y sacó la pluma del tintero. Sus manos le temblaban, estaba nerviosa por lo que estaba a punto de hacer.

—¡No seas mema! —Se reprendió por aquel comportamiento que ella consideraba estúpido y con mayor determinación empezó a escribir.

"Beber whisky"

"Fumar"

"Ir al club de caballeros"

"Empuñar un arma"

"Ser Rox por un día"

"Jugar a juegos de azar"

"Pedir explicaciones a L"

La última frase lo tachó en el instante que terminó de escribir la última letra. ¿En qué estaba pensando? ¿Es que no había escuchado lo que le había dicho su amigo? ¿Es que acaso quería comprobar ella misma lo cruel y despiadado que podría llegar a ser aquel hombre?

Suspiró, y volvió a dejar la pluma en su tintero. Espero a que la tinta secase y seguidamente dobló aquel papel hasta ser la mitad de su palma y lo guardo en un sitio donde a nadie se le atreviera nunca a mirar: "Volumen 6. El maravilloso mundo de la botánica". Ni si quiera ella se había interesado tanto por la fitología para llegar al volumen 6, ni si quiera por terminar el primero, y probablemente nunca lo haría teniendo en cuenta la larga lista de libros pendientes que tenía en su estantería.

Sin duda, aquel sitio era el lugar excelente para guardar su lista de aventuras.

Capítulo 5

Calla y no repliques

—¿Qué tal la fiesta, hija? —preguntó la madre a medio camino de llevarse la cuchara de sopa a la boca.

— Recibí muchos elogios por mi vestido.

— ¿Pero te gustó? — intervino su padre con su cotidiano semblante serio.

— Si— elevó las comisuras de sus labios.

— Nos alegramos mucho, querida— comentó Hilda, al mismo tiempo que su padre asentía en señal de aprobación —. La temática era muy controvertida. Reconozco que temía que se escandalizaran por tu vestido, pero según lo que vi, a comparación con otras nobles, tú estabas elegante.

Zulema no pudo evitar sonreír de verdad al recordar lo atractiva y deseada que se había sentido con su vestido puesto. Era sencillo a simple vista, pero las tiras de tela estaban estratégicamente colocadas para formar un escote que entreviera sus dos tersos y redondos pechos. La falda tenia el vuelo que a ella siempre le había gustado: vaporosa, ligera, perfecta... Enfatizaba cada una de las curvas de su cuerpo y su color, rojo escarlata, contrastaba con su pálida piel, enfatizando sus mejillas sonrosadas y su melena castaña oscura. Zulema estaba tan perdida en sus pensamientos, que apenas prestó atención al cacareo de su madre sobre cada uno de los invitados que le felicitaron por la fiesta.

—Zulema, hija mía, no queremos asustarte, pero debes de empezar a buscar esposo pronto —intervino con la mayor dulzura que pudo reunir su madre —. No estamos en nuestros mejores momentos y por mucho que nos pese debes de terminar la temporada con un pretendiente.

— ¿Por qué esta prisa? No lo entiendo —la muchacha sonrió, pero la sonrisa nunca llegó a sus ojos.

— Los yuritas llevan unos meses saboteando nuestra red comercial y nos ha supuesto muchas pérdidas, materiales y económicas—comentó su padre con sequedad—. El rey ha aumentado los impuestos a todos los habitantes de la ciudad y tememos que exista un ambiente de tensión en la ciudad.

— No lo sabía — confesó Zulema sin ocultar sus molestias —¿Por qué no

me habíais contado esto antes?

— Ahora ya lo sabes—cortó su padre—. Necesitamos salir de los problemas por nuestra propia cuenta... como siempre —añadió con orgullo.

— ¿Y con quién tenéis pensado desposarme?

— El Marqués de Damén es una buena opción—opinó su madre con ensayado desinterés.

— No creo que Margarita esté de acuerdo con ello—comentó la muchacha a la defensiva—. Ayer estuvieron muy juntos toda la noche.

Los recuerdos inundaron su mente, y para su sorpresa no sintió enfado o repulsión. No pudo evitar sentirse orgullosa por extralimitarse con el General, pero al mismo tiempo se sintió estúpida por haberle dejado llegar tan lejos. Lo que sus padres decían respecto a la fiesta, sobre que no existirían remordimientos al día siguiente era una mentira descarada.

— He hablado con su padre y no le interesa esa unión —comentó con el mismo tono que utilizaba para hablar de sus negocios —, tiene planes distintos para esa chiquilla.

— ¿Así es como funciona? —intervino la muchacha sin poder evitar sentirse ofendida en nombre de Margarita—¿Somos ganado al que podáis emparejar a vuestro agrado? ¿Es que lo que opinemos al respecto no tiene valor alguno?

— Es por el bien de la familia, Zulema— contestó con severidad.

— ¡Debe de haber otra opción, otro pretendiente!— replicó con esperanza.

— ¿Y qué hay de malo en el Marqués? Es agradable y de buen ver.

"¡Intentó forzarme! " gritó en su interior. Pero en ese momento, lo único que podía provocar era que la celebración matrimonial se acelerara.

—¿Y si es un problema con los yuritas,— preguntó sin deshacerse de la esperanza de encontrar otra opción —, por qué no casarme con uno de ellos?

— Porque sería la gota que colma el vaso para el rey—dijo en un tono prepotente como si su hija fuera idiota solamente por hacer la pregunta—. Mandaría todo su ejército para despropiarnos de nuestras tierras. Nos acusarían de traición y exhibirían nuestras cabezas en la plaza del

mercado.

— ¿Y si me niego?

— Explícate — exigió saber Felip.

— ¿Y si me niego a desposarme con el Marqués de Damén, que pasaría?

— Poco importa — dijo con rotundidad su progenitor, tras frotarse la cara con las palmas de las manos, estaba cansado de aquella conversación— vuestro compromiso ya está en marcha. En cuanto termine la primavera ambos estaréis esposados, el rey nos apoyará y dejaremos de sufrir sus continuas amenazas de esos malnacidos.

— ¿Hace unos segundos me proponíais casarme con el Marqués y ahora me decías que ya está todo en marcha? — se levantó de su asiento con brusquedad, tirando su silla al suelo. Rió por puro nerviosismo — ¿Entonces por qué habéis permitido que entren esos yuritas en nuestra casa?

"¿Por qué habéis permitido que me enamore de Lohan?" Pensó con furia en sus adentros.

— Es política, cariño —respondió su madre con suavidad, temiendo que aquella discusión terminara peor — . Nadie desea una guerra, pero necesitamos protegernos en caso de que haya una.

— Os odio.

— Zulema— le advirtió su padre con dureza mientras se levantaba de su asiento para estar igualados — No permitiré que nos hables así.

— ¿Y cómo queréis que os hablé? He hecho cada cosa que me mandabais: he ido a las clases de brocado, de baile... aun sabiendo que las detestaba ¿Y así me lo recompensáis? ¿Sin ni si quiera poder elegir entre dos o tres pretendientes? Sois decepcionantes como padr...

No llegó a terminar la frase cuando su padre la abofeteó. Sintió como su mejilla ardía y la boca le sabía a metal. Se había mordido el interior de la mejilla y las lágrimas amenazaban con desbordarse, pero nunca se permitiría llorar delante suya. Ni si quiera había tenido el tacto de quitarse los anillos.

— ¡Zule!— Hilda trató de socorrer a su hija, pero ella la apartó de un empujón y salió del comedor en dirección a su cuarto.

Solamente fue cuando se sintió a solas en su habitación cuando se permitió llorar. Lloró desconsolada hasta que los ojos le ardieron.

Entonces fue cuando llamó a Lucas y a Odilia, la responsable de la cocina y conocedora de un sin fin de ungüentos.

—¿Señorita, podemos entrar?

Zulema se volteó en dirección a la puerta. No se había percatado de que habían golpeado la pesada madera y mucho menos en que habían entrado a la habitación.

—Pasad, por favor—dijo con todo el orgullo que pudo reunir— Odilia, me preguntaba si conoces algún tratamiento que me pueda bajar esta hinchazón de párpados y evitar que me salga un cardenal —dijo mientras se señalaba la mejilla.

La mujer se acercó a ella, y la observó con mirada analítica.

—No creo que pueda evitar que no se vea del todo, pero ayudará.

— Gracias, Odilia.

Cuando desapareció y cerró la puerta tras de sí, Lucas se atrevió a hablar.

— Me he enterado de la noticia, lo siento mucho Zule.

La muchacha le cortó con un gesto de la mano.

—Necesito que lleves una nota al Duque de Lupe, para que venga cuanto antes. No pienso demorarme por más tiempo, empezaré la lista cuanto antes.

— ¿Tan pronto? —preguntó en apenas un murmullo— Zuli, esto necesita planificación, no puedes exponerte a toda la sociedad sin planificarlo antes.

— ¡No me queda tiempo, Lucas! ¿Es que no lo entiendes?

— ¿Pero por qué es tan horrible casarte con el Marqués que preferirías tirar tu reputación a tierra?

— ¡Porque trató de forzarme la noche pasada! Y si no hubiera estado el General yurita, lo hubiera hecho sin ningún tipo de escrúpulos— esperó a que su amigo dijera algo tan siquiera, pero no lo hizo— El General Lohan me salvó y se preocupó en escoltarme hasta mis habitaciones donde estuviera segura, sin propasarse. Por lo que a mí respecta, ese señor tiene menos de bárbaro y de animal que cualquier noble que pisó este

castillo la noche pasada.

Zulema, ante el estado catatónico de su amigo, le contó absolutamente todo de aquella noche, sin olvidarse de ningún detalle por menudo que fuera. Cuando terminó su relato de los hechos, éste se desplomó sobre la cama, con el rostro pálido y desfigurado por el horror.

— Lo hizo porque quería algo de ti, ¿Por qué si no un hombre, cuya fama de monstruo es conocido por todo el continente, se molesta en salvar a una dama? No tiene sentido.

— Eso ya no importa, Lucas—contestó irritada—. Le dije que se marchara de mi vida y lo hizo.

— ¿Hasta cuándo?

— No lo sé, y no me preocupa en realidad—mintió—. Lo que me preocupa es pasar una vida entera al lado del Marqués.

— Es el precio que tiene que pagar la nobleza. Renunciar al amor, me refiero—añadió rápidamente—. El matrimonio solo es un negocio más y aunque tus padres no puedan obligarte a casarte a punta de espada, lo tendrás que hacer igualmente.

Un suspiró triste se coló entre sus labios.

— Lo sé, por eso quiero empezar con todo esto cuanto antes, Lucas. En el momento en el que mi vida esté enlazada a la suya eternamente, me convertiré en una muerta en vida. Pero hasta entonces, quiero sentir que he disfrutado de la vida. Ayúdame, por favor— rogó la muchacha sin apartar la mirada de la suya.

— De acuerdo, ¿Pero cómo lo haremos? Tiene clases de costura, discusión a la hora del té con la señorita Harlet y...

La muchacha le sonrió con ternura.

— Creo que mis padres no me obligarán a asistir a mis clases, al menos no durante una semana entera. Y después llegará Aldo de su viaje y querrá que que le haga compañía.

— Pero...

— Daré órdenes claras de que no se permita dejar entrar a nadie, excepto a ti—añadió rápidamente.

—¿Y crees que lo aceptarán?

— Mi padre no querrá verme ni en pintura por lo menos durante una quincena por lo que he dicho en la cena, y mi madre... Es muy orgullosa para venir aquí sin antes pedirla perdón.

— Todo esto es una locura.

— Eso es lo divertido, amigo—sonrió con diversión mientras tomaba el volumen de Botánica para enseñarle su indecente lista.

Capítulo 6

Trepadora...

Habían pasado los días, y tal y como había pronosticado Zulema, ninguno de sus padres se había decidido a hablar con ella. La entristecía que ninguno de ellos hubiera dejado su ego a un lado, pero lo único que deseaba era una simple disculpa. Sabía que no arreglaba nada, pero le haría la situación más amena. La llegada de su amigo Lupe de tierras extranjeras se había demorado por motivos climatológicos y sin él, el plan de Zulema no podía avanzar.

- Llevas dos días mirando el ventanal como si tuvieras la esperanza de que el Duque de Lupe apareciera galopando a caballo- comentó tras de sí su amigo Lucas.

- Él es lo más cercano a un príncipe de cuento de lo que me llegaré a encontrar en toda la vida.

- Tu madre me preguntó ayer por tu estado, si comías bien y eso...

La muchacha se volteó hacia su amigo, curiosa.

- ¿Qué le contestaste?

Lucas se encogió de hombros.

- Que no te has negado a comer y que Toffe te hace mucha compañía. Cada día vas asimilando la noticia pero necesitas mucho más tiempo para pensar a solas.

- ¿Crees que todavía quedan unos cuantos días para que se atreva a tocar a mi puerta?

- Creo que sí, aunque si no lo ha hecho ya es por tu padre. Él sí que está resentido, Zulema.

- Cómo pueda sentirse, es algo que a mí me trae sin cuidado-notó cómo la ira comenzó a recorrer por sus venas - No sé qué se esperaba... ¿que aceptara cualquier cosa que dijera como si fuera un trabajador más a su disposición?

Aunque habían pasado los días, todavía no daba crédito.

- Igualmente, tu madre se alegra de que te haga compañía y que no sea

otro el que te atienda.

- Eso es porque sabe que de ti puede sacar información- le miró con los ojos entornados, analizando su reacción, pero él sonrió.

- No le diría nunca nada, Zulema. Eso ya lo sabes.

Suspiró cansada.

- Lo sé, pero ya ni las bromas me salen como a mí me gustarían.

- ¿Te puedo hacer una pregunta, Zule?

La muchacha asintió con precaución, el repentino tono serio de su amigo la alertaron los sentidos. Se sentó en la silla de su escritorio y esperó con curiosidad a que el muchacho se dignara a hablar.

-¿Por qué acudiste a Lupe?

- Porque somos amigos.

- Pero por ese mismo motivo, ¿Por qué comprometer su reputación?

- Él es hombre, su reputación no está constantemente cuestionada como la de las damas.

- Pero él es Duque.

- Es mi amigo, Lucas -respondió sin saber qué más decir -. Tiene títulos y me crié con él desde mi infancia. Compartimos tantos secretos que se me hace difícil no pensar en él para todo esto.

-¿Cómo cuáles? -como Zulema le miró con cara de no entender, se apresuró para aclarar-¿Cómo qué secretos?

- Si te lo contara, dejarían de ser un secreto.

Lucas le miró con fastidio, pero prosiguió con su tarea de peinar a Toffe. Al instante, Zulema lo entendió todo. Lucas también había sido su amigo de la infancia, habían compartido secretos y travesuras; pero a partir de cierto tiempo, que no fue capaz de determinar, su amistad se fue enfriando. Pero no significaba que ella no le quisiera o algo por el estilo, le quería y confiaba en él, pero simplemente no con la misma dependencia que lo hacía de pequeña. Ahora ambos habían crecido, él se había convertido en un hombre por el que suspiraban las muchachas y ella en una muchacha que se encerraba en sus libros y en su tristeza. Sin duda,

si la amistad no había seguido tal y como lo era antes, era por su culpa.

Un mensajero llamó a la puerta y anunció la llegada del duque. Cuando Lucas se disponía a dejar el cuarto, Zulema sintió la necesidad de abrazarle. Así lo hizo y Lucas no pudo evitar sentirse asombrado.

- ¿Sabes que te quiero, verdad?

Fue una pregunta retórica pero aun así, Lucas se molestó en contestar:- Hubo un momento en el que lo puse en duda, pero ya sé que me quieres, Zuli.

- Sin ti, no podría hacer nada de esto.

- No sé si sentirme halagado por ello - rió nervioso.

- Deberías. Eres mi compañero de aventuras, siempre lo has sido. - aclaró.

- ¿Ese té llevaba algo de alcohol?

La muchacha rodó los ojos mientras se alejaba un poco de él.

- No se puede ser cariñosa por una vez en la vida- se quejó.

- Sí que se puede, pero resulta raro- sonrió y por primera vez desde hacía mucho tiempo descubrió que su amigo era guapo, más que eso, atractivo y muy muy muy guapo. ¿Dónde había estado durante tanto tiempo? Parecía que había estado en una burbuja donde no hubiera visto nada con claridad.

- ¿Interrumpo?

Zulema y Lucas se separaron de inmediato al escuchar la voz del Duque. Le miró del reojo y notó cómo el rostro del muchacho se sonrojaba.

- ¿Es que no sabes llamar antes de entrar? -le reprendió su amiga mientras posaba sus manos en jarras sobre sus caderas.

- ¿Y así es como me vas a dar la bienvenida después de seis meses sin verme la cara?

La muchacha sonrió y se lanzó hacia los brazos de él. Había ansiado aquel abrazo desde hacía tanto tiempo que apenas se percató de que Lucas había salido de la habitación.

- ¿Se puede saber qué habéis hecho? Nunca he visto a vuestra madre tan

enojada- intentó reprenderla, pero sus ojos brillaban de diversión.

- Estás moreno- observó mientras se separa de él y le miraba de arriba abajo. Había ignorado la pregunta con total elegancia.

La muchacha se preguntó cuánto tiempo había estado Lupe fuera del país. Aquel hombre había bajado de kilos, sus ojos azules destacaban en su piel bronceada. Su mirada se clavó en el bastón son grabados de oro con el que se ayudaba a andar.

- ¿Utilizas ese bastón porque tienes algún problema en la pierna?

- Es la moda, Zule.

- Pues esa moda no tiene sentido - apuntilló mientras señalaba ese bastón con cara de pocos amigos.

- Déjate de tonterías e invítame a entrar- la muchacha le dedicó una sonrisa y le animó a sentarse en una mesilla de té que había ordenado preparar a la espera de la incierta llegada de su amigo.

- Siempre me ha parecido que esta habitación es esperpéntica-comentó su amigo sin ánimo de ofender mientras escudriñaba con la mirada cada esquina de la habitación- ¿Por qué tener aquí un escritorio y una estantería repleta de libros, pudiendo tener un estudio aparte para ello?

- Porque así no puedo recluirme en mi habitación durante una semana sin querer arrancarme los ojos del aburrimiento-sonrió haciendo referencia a su castigo.

- Además se te ve bien acompañada-comentó su amigo mientras señalaba con un gesto de cabeza al lobo que descansaba plácidamente sobre su manta.

Toffe, como si le hubiera llamado, se levantó de su rincón y posó su cabeza peluda sobre el muslo del duque.

Sin más rodeos, Zulema le contó absolutamente todo: desde que cayó en una profunda tristeza hasta que su padre la abofeteó y como respuesta escribió esa lista. Lupe, como buen noble no mostró ningún tipo de sentimiento en su rostro. Aunque la muchacha le conocía lo suficiente para saber que le estaba costando asimilar toda la información.

- Así que...-dijo distraídamente mientras se alisaba la falda con las manos, con la intención de tener las manos ocupadas y no mostrar su nerviosismo por su mudez -¿No frecuentas mucho el club de caballeros, verdad?

- ¡Ni se te pase por la cabeza! - exclamó escandalizado.

- Por favor, Lupe, te necesito- suplicó.

- ¿Sabes lo que puede ocurrir si te descubren?

-¡Me da igual! Voy a ser esposada con el Marqués de Damén antes de que termine la primavera. ¿Qué más me da tirar mi reputación por el suelo?

-No lo sé, Zulema...-contestó nervioso. Se pasó la mano por el cabello, despeinándose.

Sintió compasión por su amigo. No llevaba en el país ni un día entero y ya le estaba metiendo en un embrollo muy peligroso.

- No te preocupes- comentó con una risa triste en la boca-. Nunca te lo echaría en cara si decidieras no ayudarme. Pero esto del matrimonio me hace pensar... ¿Por qué nunca me pediste matrimonio, Lupe?

- ¿A parte de por lo obvio? - dijo refiriéndose a su condición sexual.

- Claro.

- Eres lo que todo hombre desearía: guapa, inteligente, graciosa, ingeniosa, una reputación intachable aunque solo hace falta hablar contigo unos minutos para darte cuenta que estarías dispuesta a saltarte las normas si mereciera la pena, pero...

- No tengo título- susurró Zule, más para recordárselo a sí misma que para responder a su amigo -Supongo que debería de estar agradecida por estar comprometida con un marqués y no con otro de rango inferior. Por fin mis padres querrán lo que siempre han querido: tener un título.

- No te rindas, Zulema, por favor- rogó desde su asiento.

Aunque la muchacha solamente observaba el contenido de su taza, sabía que aquella situación le afligía. ¿Y a quién no? Ella también había sufrido por él y su primo cuando fue consciente de todo el amor que se profesaban pero al mismo tiempo sentirse impotente por no poder hacer nada. Su cabeza recordó lo bien que se sintió entre los brazos de Lohan y su corazón volvió a encogerse al saber que nunca volvería a sentir esa sensación en los brazos de otro hombre. Se le llenaron los ojos de lágrimas e intentó secárselas antes de que Lupe la viera, pero comenzaron a deslizársele por las mejillas con tanta rapidez que le resultó imposible disimular la tristeza. Sorbió la nariz, llamando la atención de su amigo, que al verla, se levantó de su asiento y la obligó a incorporarse para poder rodearla con los brazos. Y sin poder contenerlo más lloró por toda la

tristeza ocultada.

Zulema se enderezó, negándose a que su sombrío pesar oscureciera la felicidad de la gente que quería. Se apartó de su amigo y le ofreció una blanda sonrisa de agradecimiento.

- Voy a añadir un punto más a la lista.

- ¿Cuál? - preguntó con curiosidad.

- Evitar mi noviazgo con el Marqués. ¡Debe de haber más opciones que ese hombre para contentar a todos!

-Lo dudo Zulema, el Marqués de Damén es el dueño de prácticamente todas las tierras de la frontera con Yuria.

- ¿Y la familia Damén por qué habrá aceptado matrimonio? ¿Sólo por mi herencia?

Zulema escogió cambiar de estrategia, ir más allá de lo evidente.

- Entre otras cosas, supongo- Xoel se encogió de hombros-. Aunque sea el tipo de noble que sería capaz de mover tierra y cielo si siente que se le ha faltado al respeto... no le veo capaz de llegar a casarse para demostrar quién manda.

- ¿Y si está en una situación económicamente mala?

- Puede ser, pero lo dudo. El Conde tiene tierras privilegiadas, aunque tuviera una mala gestión de su hacienda le hace ser más rico que muchos de los nobles del país.

-¿Y qué otra opción nos queda? ¿Patriotismo? -trató de no reír por lo absurdo de la propuesta, pero fracasó.

- Solamente quiere asegurarse sus tierras, Zulema - contestó sin más. Está en la frontera, si atacan los yuritas ellos serán los primeros en sufrir sus represalias.

- ¿Y por qué no esperar la ayuda del reino?

- Tal vez no se lo den lo suficientemente pronto, y una guerra siempre es costosa.

- Y mi dote es demasiado suculenta.

Asintió mientras se mojaba los labios con el té.

- Aun así, Zulema, no te preocupes. Créeme, no eres la única que está trabajando a contracorriente otra opción para evitar el matrimonio. Sus padres son devotos, detestan a tus padres más que a nadie en este mundo.

La muchacha se quedó largo tiempo pensando.

- Definitivamente detendré esa maldita boda, aunque no sé cómo, ¡todavía!- añadió con excesiva rapidez, provocando la risa de su acompañante - ¿Crees que Margarita podría estar embarazada?

- No lo descartaría.

-¡Ojala los dioses les bendigan con un sano y gordo retoño! -exclamó dramáticamente mientras alzaba sus brazos al cielo.

Lupe rió a carcajadas.

- Mejor no lo digas muy alto por si tus padres se piensan que te has vuelto religiosa.

- Y por si alguien se siente ofendido si me escucha decir que no existe un dios único e inmutable.

Ambos se rieron y Zulema agradeció aquel momento de relajación.

- Enséñame esa maldita lista - demandó Lupe con una sonrisa en la boca-. Confieso que siempre has fantaseado en ir en contra a la norma y eso me escandalizaba, pero como nunca pensé que te atreverías a llevarla a cabo, no me quitó el sueño por las noches.

- ¡Vaya! - exclamó mientras se dirigía a su escritorio- Me complace tener amigos como tú - abrió un cajón y extrajo la lista.

Antes de sentarse, le dio la lista y le miró con expectación, tratando de leer su reacción.

- Es todo un reto -señaló Lupe con aire pensativo- Sin duda, no eres como las demás aristócratas del país. ¡Ni del continente! - añadió.

- ¿Entonces vas a ayudarme?

- Tengo que pensármelo, aquí hay muchas cosas que son unas auténticas barbaridades.

Después de unos segundos de silencio que a Zulema le parecieron eternos, decidió ir por otra táctica.

-Va a venir mi primo la semana que viene- comentó con fingida indiferencia.

- ¿Ah, sí? -si se alegró por la noticia, no lo aparentó para nada.

- Ha llegado por fin de su viaje del sur de Creisha y sus padres le han insistido que pase toda la temporada aquí, en busca de esposa.

- Vaya...

- Tengo muchas ganas de verle, debe de estar guapísimo y bronceado.

- ¡Vale, maldita trepadora!-exclamó exasperado.

- ¿Trepadora? ¿Cómo las plantas?- se hubiera mostrado ofendida si no fuera porque no entendía bien el insulto.

- Si, trepadora-dijo mientras dejaba con brusquedad la lista en la mesita- ¡Estoy dentro de esa maldita aventura tuya camino a la perdición!

- Tampoco hacía falta mucho para convencerte- comentó entre risas-. Ni siquiera te había dicho que mi madre ha permitido que no asista a mis clases para pasar tiempo con mi primo.

- ¿Crees que me habrá echado de menos? - preguntó con evidente preocupación, cortando por completo la diversión de la muchacha.

La muchacha se inclinó hacia él y le posó la mano con ternura sobre la suya.

- Si te quiere lo mismo que te quiero yo, que me consta que así es- apuntilló-, no habrá día que haya echado de menos tu compañía y la facilidad que tienes para hacer reír a cualquiera.

Capítulo 7

¿Soy un hombre o no?

Al día siguiente, la joven consiguió enredar a su amigo Lucas para que le respaldara durante su ausencia. Había calculado cada detalle de su fuga y había triunfado. Todavía no se creía que estuviera sentada en un carruaje de alquiler en dirección a las propiedades de Lupe, a las afueras de la ciudad. Cuando bajó del carruaje, las piernas le temblaban y ni si quiera esperó a que el cochero la ayudara a bajar. Subió por la escalera de servicio y se encontró con Lupe en sus habitaciones. Aunque no lo hubiera adivinado en la vida, haber llegado hasta allí sin ser vista era la parte sencilla del plan. La parte más complicada era convencer a Goizane para que les ayudara.

Goizane había sido una segunda madre para Zulema y Lupe. Cuando sus padres hacían negocios, solían dejar a los dos niños jugando y el ama de llaves se encargaba de vigilarlos. Era estricta, pero también cariñosa y atenta. Cuando Lupe se hizo mayor, ella ya sabía de su condición sexual y le apoyó en todo, incluso en algunas ocasiones le había protegido de algún inevitable escándalo. Aun así, costó más de una hora para que participara en el plan.

—¡Ah! —Zulema se aferró con firmeza al poste de la cama mientras Goizane tiraba con fuerzas de la banda que le envolvía el torso.

—Que no haya piedad, Goizane, debe de tener el pecho liso como una tabla.

—No es de caballeros que estés aquí presente mientras alisto a Zuli para vuestra estúpida escapada-le reprendió con brusquedad.

—Si temes que tenga tentaciones de poseerla aquí y ahora, no te preocupes Ane, no pasará.

—¿Ah, no? —contestó la muchacha con teatral decepción en su voz.

—¡Zulema! —le reprendió gravemente la anciana—¡Eso no es de damas!

Ambos muchachos se miraron, y estallaron en risas. Como respuesta, la muchacha recibió un fuerte tirón que le obligó a soltar un grito ahogado.

—Mira que vendarte los pechos y hacerte pasar por un caballero... —negó con la cabeza mientras seguía trabajando—Creo que habéis perdido la razón por completo.

—¿Acaso no pudiste adivinarlo cuando de pequeños nos divertíamos persiguiendo a las palomas? —añadió Lupe mientras se llevaba el vaso de whisky a los labios.

—Te has convertido en un contestón, hijo —emitió un gruñido de desaprobación-Si tus padres siguieran vivos no dudarían en darte un buen castañazo en los dientes.

Cuando Goizane terminó, cogió una camisa blanca y se la pasó por la cabeza, introduciéndola dentro de los pantalones.

—¿Qué tal? —preguntó expectante Zulema—¿Diríais que soy una mujer?

—Si—contestaron ambos al unísono.

—Pero todavía no hemos terminado la transformación —añadió la anciana mientras sacaba una corbata de uno del armario de Lupe.

—Permíteme a mí, Ane —en apenas un pestañeo, el muchacho corrió hacia la criada y tomó la corbata—¿Podrías traer el uniforme de esgrima que sacaste del baúl?

La anciana asintió con la cabeza y desapareció del cuarto, dejándolos solos.

Zulema permitió que le pusiera una corbata e hiciera uno de los elaborados nudos que estaban de moda. Cuando terminó, la miró con una intensidad que la amilanó.

—Siempre me has parecido la mujer más fuerte que he conocido en mi vida. Sé de tu estado en este último año y lamento haber estado ausente, pero te prometo que a partir de ahora-Zulema asintió, no le había guardado rencor por su ausencia, ya que él había decidido marcharse un año a estudiar al extranjero, aunque se vio obligado a volver por la muerte de éstos — te apoyaré en todo, ¿quieres hacer cualquier punto de esa lista? Yo te ayudo, ¿Quieres huir al extranjero? Ten por seguro que yo te apoyaré si es lo que de verdad deseas. Porque no quiero verte marchitarte nunca más, ¿Me has entendido?

—Xoel...

No consiguió pronunciar más palabras, por lo que se limitó a asentir y se tragó las lágrimas que estaban a punto de desbordarse. Aquella muestra de apoyo después de tanto tiempo sintiéndose sola, le ablandó los sentidos.

El muchacho se inclinó ante ella y le beso en la mejilla, sin importarle que estuviera Goizane presente. Se puso el chaleco de color marfil y una

chaqueta azul marino. Posteriormente se sentó frente al espejo y dejó que Goizane le recogiera el pelo.

La muchacha tragó saliva y miró cómo la doncella le ponía un sombrero, introduciendo dentro cada uno de sus mechones de su pelo.

—No puedes quitártelo hasta que te pongas la máscara de esgrima.

—No lo haré—meneó la cabeza, comprobando la estabilidad del sombrero.

Habían trazado un elaborado plan para conseguir acceder al club de esgrima y se habían reforzado la historia del personaje a la que debería dar vida Zulema: era un joven noble salido de la universidad con aspiraciones a novelista y que tenía intenciones de demostrar al Duque que no era solamente un ratón de biblioteca, sino que podría escribir más allá de lo que había leído en libros.

—Podría ser realista —comentó la criada sin apartar la mirada de la muchacha—, explicaría lo escuálida que es comparada con un hombre.

—Es más que eso, Ane, —añadió el duque—así no habrá razón por la que tengamos que separarnos. Y si estás dispuesta a escribir un libro sobre tus aventuras —añadió mientras se dirigía a su amiga—, estaría dispuesto a financiarte. No conozco a persona con más fantasía en la cabeza que tú.

—¿Goizane, podrías darnos nuestra ropa antes de que diga algo impropio a este amilanado duque que pueda ser indecoroso para una dama?

Ambos se mantuvieron la mirada, era la misma que se dirigían cuando eran pequeños y se retaban a ver quién corría más rápido o quién llegaba antes a la meta.

El ama de llaves suspiró cansada.

—Tienes suerte de que Xoel tenga más culo que un hombre normal, sino no te cabrían ni de asomo.

—¡Oye! —exclamó ofendido.

—No hay nada de malo, hay chicas que le gusta tener para agarrar. ¡O eso me ha contado! —añadió con rapidez la muchacha antes de que Goizane la reprendiera de nuevo —Cuando una chica bebe una copa de champán de más y no la han invitado a bailar, se habla de muchas cosas.

No hizo falta que Goizane dijera nada, ya que la mirada de odio que le dirigió fui suficiente para que Zulema cerrara la boca durante el resto de

su estancia en aquel palacio. Agarró la bolsa de ropa que ella le ofreció y comenzaron el viaje en dirección al Club de Esgrima Masculino de Sagari. Cuando se subieron al coche oficial de la familia Lupe, se sorprendió de lo cómodos que eran aquellos pantalones. Aquello era indecente, la humillación que supondría ser descubierta vestida de hombre en uno de los establecimientos más masculinos de la ciudad, la perseguiría el resto de su vida. Pero había llegado demasiado lejos para rendirse ahora, había demasiada gente implicada en ello.

No importó que Lupe estuviera a su lado para aplacar sus nervios. Cuando el carruaje frenó delante del club deportivo, quiso decirle a su amigo que se arrepentía y que quería volver a su habitación y no salir nunca más, pero se mordió la lengua y miró aquel edificio aparentemente insignificante. Ya no había tiempo para darse la vuelta.

Capítulo 8

¡En guardia!

— ¿Eres consciente de que el conductor no va a ayudarte a bajar, verdad? — dijo con tono petulante a escasos centímetros de su oído — Ahora eres un caballero.

Zulema enfrentó con la mirada a su compañero. Sus ojos azules brillaban de la excitación y era más que obvio que aquel peligro le estaba divirtiendo más que nunca.

La muchacha no se molestó en contestar, tenía los nervios a flor de piel y temía que cuando hablara, le saliera la voz tan aguda que su disfraz no sirviera para nada. Saltó del vehículo y caminó por la acera con la cabeza agachada, temía que hubiera alguien que la reconociera. A su lado, Xoel caminaba con normalidad y procuró imitarle en cualquier movimiento, incluido el absurdo movimiento de bastón a medida que caminaba. Cuando la curiosidad superó a sus nervios, levantó la mirada y observó a cada uno de los caballeros que caminaban a su alrededor, cuando tuvo contacto visual con uno de ellos, giró la cabeza con miedo de que le reconociera pero no pasó nada. Soltó un largo suspiro y se dijo a si misma que si sus nervios soportaban ese día, nada se le resistiría después, ni visitas a tabernas o juegos de cartas de azar.

Cuando llegaron a la puerta del club, Zulema dejó que Lupe se adelantara un poco. No necesitó llamar, un lacayo anticipo su llegada, abriéndoles la puerta y apartándose hacia un lado con expresión desinteresada.

— ¡El disfraz funciona! ¡El maldito disfraz funciona! — gritó en sus adentros, eufórica.

Accedieron al vestíbulo y su amigo le reprendió con la mirada, estaba respirando lo suficientemente fuerte como para no ser natural. Estaba nerviosa y no poder contenerse le resultaba más estresante.

— ¿Señor? ¿Puedo ayudarle? —intervino el lacayo.

— Soy el Duque de Lupe, y este es mi compañero, el señor Eladí.

Zulema dejó que su amigo hablara por él, asintiendo de vez en cuando para no parecer idiota.

— Quiero comprobar que no es solamente una rata de biblioteca.

El encargado inclinó la cabeza con elegancia.

— Estamos muy agradecidos de que su ilustrísima nos honre con su visita, y recibimos con los brazos abiertos a todos sus amigos.

Zulema trató de evitar abrir los ojos en señal de escepticismo, "¿Mi ilustrísima? ¿Qué le diría si estuviera el mismísimo rey?" pensó para sus adentros. Lo que era más que obvio, era que el nombre de Xoel Lupe abría infinidad de puertas y tenía la virtud de ser su amiga.

— ¿Les gustaría que les acompañase a la sala de entrenamiento? — añadió con una sonrisa sumisa en la boca.

— No será necesario — agregó el Duque —. Muchas gracias.

El encargado asintió y posteriormente hizo una pequeña reverencia. Xoel guió a su amiga a través de una puerta hacia un pasillo largo y estrecho. Zulema miró con curiosidad las puertas enumeradas a ambos lados, ¿qué habría detrás? ¿A dónde deparaban? Para ella, todo aquello era un misterio y nunca había sentido una curiosidad tan grande como estaba sintiendo aquella vez.

— Son salas de entrenamiento — le indicó él antes de llegar a una puerta más grande que las anteriores —. Este es el salón social donde se espera a que llegue otro miembro del club para practicar. Y allí — dijo mientras se dirigía al fondo del pasillo— Es el vestuario, donde nos pondremos el uniforme de esgrima.

El pánico se debió de reflejar en la cara de la muchacha porque él se apuró a añadir en voz baja:

— Hemos llegado a una hora nada concurrida. Solo estaremos tú y yo, Elodí.

Al entrar en el vestuario, cerraron la puerta y entonces Zulema se permitió relajarse un poco. Cuando se volteó a ver a su amigo, le sonrió con una sonrisa tan radiante que le evocaron a tiempos pasados cuando se divertían escondiéndose de los sirvientes en su laberinto. Hacía mucho tiempo que no la veía tan jovial y comenzaba a pensar que aquella aventura sí que merecía un poco la pena.

— Tienes que cambiarte— la ordenó mientras le señalaba la bolsa de estopa que Goizane le había preparado.

La muchacha asintió y comenzó a cambiarse con una concentración y con un detallismo de admirar.

— ¿Aquí puedes entrenar solo? — preguntó distraídamente la muchacha.

— ¿Con un saco de arena te refieres? — la muchacha asintió— Las salas impares son las de entrenamiento. Hay muchos hombres que prefieren entrenar solos y luego batirse en duelo contra alguien. Si es que si, tiras de un cordón que hay junto a la puerta y tratan de emparejarte con alguien.

— ¿Y la espada?

— ¿Espada? — preguntó sin entender.

— Lo que sirve para luchar y eso — explicó mientras movía en el aire el brazo como si estuviera batiéndose en duelo con alguien.

El muchacho no pudo evitar sonreír.

— No es una espada, es un florín — la muchacha abrió la boca sorprendida — Y hay una amplia gama de ellas en cada sala de entrenamiento. No las hemos traído porque siempre me ha parecido una ostentosidad gastarme dinero en un florín sin tener ni idea de saber utilizarlo.

— Llámalo remilgado, llámalo ser un agarrado.

— ¡A qué me marcho y te dejo aquí sola! — le amenazó, pero cuando volvió a mirarla no pudo evitar sonreír. Nunca había visto a una persona tan patosa poniéndose un peto, lo más educado seria decir que estuviera peleándose contra ello.

— Déjame ayudarte.

Después de colocárselo adecuadamente, la muchacha dio unos saltitos en el sitio, excitada por aquello, tan feliz y sonriente que supo ignorar la incomodidad que el peto suponía para ella y para sus pechos.

Zulema, con ayuda de su acompañante, terminó de alistarse y tras ser observada por la mirada inquisitiva de su amigo, dijo finalmente: — Pareces un hombre de verdad, aunque un hombre con un buen trasero.

— Entonces un hombre como tú.

El muchacho no contestó, se limitó a sonreír mientras él se ponía su traje de esgrima.

— ¿Por qué los vestuarios son colectivos? — preguntó la muchacha.

— Aunque te parezca una completa majadería, en este país todavía resisten ciertas costumbres antiguas.

— ¿No me digas? — preguntó con teatral sorpresa.

— Así es, Elodí, amigo mío — la muchacha rió tras la máscara —. Todavía pervive la tradición de alistarse unidos antes de la batalla, en señal de camaradería.

— ¿Aunque la mayoría de nobles no sepan ni vestirse solos y no hayan visto sangre más allá de un corte con el cuchillo al cortar el pan?

— Exacto — asintió mientras se ponía de pie y dejaba sus cosas en uno de los huecos de pared — Ya estoy listo. Un consejo antes de salir: No te rías. La risa es demasiado aguda y personal como para pasar por la de un hombre.

La muchacha asintió y con evidente nerviosismo, esperó a que su amigo encabezara el camino hacia una sala de entrenamiento. Xoel abrió la puerta número cuatro cuando se detuvo en seco, provocando que ella chocara contra su espalda.

— Lo lamento, creía que estaba vacía esta sala.

— ¡Duque de Lupe! — gritó un hombre tras la puerta que Zulema no alcanzaba a ver — ¡Qué placer verle por fin! ¡Pase, pase! ¡Venga a entrenar con nosotros!

— Me temo que ya estoy acompañado, señor Critia — abrió más la puerta, lo justo para que se alcanzara a verla.

— Pues que pase vuestro compañero también.

— De verdad, que no... —aquel hombre le agarró del brazo, acercándole a él. Después, pasó un brazo por sus hombros. Solamente alguien muy cercano a Xoel podía permitirse hacer tal cosa, y su tío por parte de madre, Mauro Critia, se lo podía permitir.

— Así tendremos la oportunidad de hablar sobre sus tierras de Luar — el muchacho se tensó y le lanzó una mirada de auxilio a su acompañante.

— Su acompañante y yo podemos entrenar en otra sala — al escuchar aquel nombre, la muchacha se puso en tensión e inmediatamente negó con la cabeza. Pero nadie, a excepción de su amigo la pudo ver.

— Ha sido una pena lo de tus padres, pero aun así, es hora de que hablemos de negocios. Esas tierras requieren de cuidados antes de que se

perdamos los cultivos de todo el año...

El General se colocó en frente de Zulema, obligándola a mirar hacia arriba. Aquel gigante le sacaba más de una cabeza.

— Encantado, soy Lohan Alros, General de Defensa de Yuria.

Su tono era seco como la arena y debajo de todo aquello había cierto deje de molestia, ¿pero por qué? ¿Por su interrupción? ¿Es que acaso estaba haciendo negocios con el tío de Xoel? Ellos habían estado dispuestos a marcharse y dejar que siguieran con sus asuntos. Zulema tenía el cerebro tan embotellado que apenas entendió que el General había extendido la mano para que se la estrechara.

— Elodí... — dijo con la voz más grave que pudo — Elodí Sabiñé.

— Un placer, señor Sabiñé.

Se limitó a asentir. No estaba preparada para aquello, hacía una semana que no le había visto y ahora se veía obligada a entrenar con él. ¿Es que era una broma cruel del destino? Antes de que la puerta se cerrara tras de sí, vio a su compañero sudando de los nervios y con el terror reflejado en su mirada, pero no era ni la mitad del pavor que sentía ella.

La muchacha siguió al General con el corazón en un puño, miró el vestuario y pensó en salir huyendo desechó aquella idea de su cabeza. Aquello no le serviría para nada, solo para llamar aún más la atención.

—Observo que ya está preparado. Perfecto —comentó con sequedad.

Por mucho que le fastidiara a Zulema admitirlo, estaba apuesto con su traje de esgrima. Y aunque trataba de recobrar todo el odio que había sentido aquella noche en la que le descubrió mintiéndola, solo podía centrarse en él, en su cuerpo musculado y en las ganas de quitarle ese ceño fruncido por segunda vez. La muchacha sacudió la cabeza, tratando de espantar esos pensamientos y serenarse. Estaba en una situación gravísima y no sabía cómo diablos salir de ese problema.

Tenía que salir de allí.

Observó paralizada cómo él se volvía para ponerse la máscara y ajustarse los guantes. Le hizo un ademán para indicarle que se acercara. La muchacha, tras unos segundos fingiendo sopesar el mejor opción, escogió un florete de una repisa donde, a su inexperta mirada, había colgados floretes iguales. Se acercó a su contrincante e inmediatamente, el cuerpo dejó de responderle. Aquello era una absurda idea, nunca había hecho tal cosa, y no solo se enfrentaba a un rival experimentado, sino a un General

de Defensa que había liderado un Ejercito hacía dos años atrás.

—¿Empezamos?

La muchacha soltó un suspiro de cansancio y posteriormente, sabiendo que enfrentarse a él sería una estupidez y pondría en evidencia a su amigo Xoel por traer tal patán a su templo de la testosterona, optó por quitarse la máscara y descubrirse. Cuando lo hizo, su melena castaña cayó por sus hombros como una cascada y con las mejillas levemente sonrosadas por la vergüenza, la muchacha habló:- No debías de estar tú aquí.

El General le miraba horrorizado y después de unos segundos que a Zulema le parecieron eternos, rompió con ferocidad el silencio.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Es que te has vuelto imbécil? ¿Buscas la ruina a tu familia?

La agarró del brazo y comenzó a zarandearla. La muchacha, asustada, sintió cómo su mirada se empañaba por las lágrimas.

—Deberías de estar en tu castillo y no aquí haciendo el estúpido. ¿Qué intentas demostrar, Zulema?

El General se paralizó cuando una lágrima corrió por la mejilla derecha de la muchacha. Zule había dejado caer su mascarilla y con la mano por fin liberada, le posaba la palma de la mano en el pecho presionando levemente para que no se acercara más a ella. Aunque quería martirizarla y que se arrepintiera de la majadería que estaba cometiendo, no quería que le temiera. No ella.

-No deberías de estar aquí- repitió la muchacha mientras se secaba con el guante la mejilla.

—No deberías de... — repitió atónito. Se obligó a tomar aire y a expulsarlo lentamente, debía de relajarse.

Lohan cerró los ojos, tratando de contener la ira.

—No lo entenderías— Zulema trató de que su voz fuera serena, pero fracasó.

—Entonces, explícamelo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no confío en ti.

El muchacho reprimió un suspiro, sentía que se lo merecía.

—Lo siento.

—¿Podemos sentarnos? — rogó la muchacha.

Lohan la miró, tenía la cara pálida y los ojos más tristes que había visto en su vida. El muchacho asintió y la llevó a un banco que servía de descanso para los clientes.

—Quería hacer esgrima y me has fastidiado incluso eso —la muchacha sonrió, pero la sonrisa no se traspasó a su mirada. Trataba de aparentar que no estaba triste, pero fracasó.

—¿Qué haces aquí, Zule? — preguntó con toda la dulzura que pudo reunir.

—Antes de que aparecieras en mi vida, me propuse el objetivo de salir del pozo de tristeza en el que me había sumergido y... —intentó restarle importancia con un tono más ligero, casual — No me había atrevido a dar el paso hasta que te conocí y... Aquí estoy — dijo con una pequeña sonrisa— ¡Me he sentido viva! Y estaba siendo uno de los mejores días de mi vida hasta que...

Él la miraba con asombro, pero también con orgullo.

—No importa, el caso es que... Siento que toda mi vida la he desperdiciado en contentar a mis padres y en asistir a cada una de esas malditas clases que se suponen que sirven para hacerme una buen aristócrata, pero... ¡Ahora que estoy obligada a... —se paró en seco, estaba a punto de decirle lo de su matrimonio con el Marqués y debía de recordar que el General no era su amigo—Siento que no se espera nada de mí en un futuro, salvo que consiga un buen matrimonio— Como Lohan no decía nada, siguió hablando—. Soy una estúpida, tienes razón. Debería de aceptar mi papel en este mundo y resignarme. No solo dependo yo de mi reputación, sino mi familia entera y ya he jugado demasiado tiempo a ser una venturera llevando a un desconocido a mi habitación.

Una risa nerviosa se coló por su garganta, estaba nerviosa y necesitaba soltarlo.

—Lamento haberte mentido, pero sabía que si hubiera dicho mi origen te hubieras asustado y no quería que ese maldito Marqués consiguiera lo que

quería.

—¿Entonces un engaño por otro? —dijo la muchacha demasiado deprisa, queriendo que la conversación no siguiera hablando del Marqués—Tú me has mentido una vez, yo te he mentido esta vez... ¿Hacemos las paces y nos guardamos este secreto hasta la tumba?

La muchacha no pudo reprimir la risa, aligerando la tensión del rostro del guerrero.

—No he venido sola, el Duque de Lupe me ha ayudado. Es un gran amigo.

—¿Es tu amante? —en el instante en el que esas palabras salieron de su boca, se reprendió por haberlas pronunciado con tanta brusquedad.

—Yo no tengo amantes —y la rotundidad con la que lo dijo, le hizo entender que no mentía.

— ¿Puedo hacer algo para que dejéis de acosar a mis padres?

Negó con la cabeza.

—Es muy complicado, Zulema.

—¡Pues explícamelo! —exclamó frustrada—Necesito saber que todo lo que pasó esa noche, no fue por algún plan oculto para hacer daño a mi familia.

—Me gustaría contarte todo, pero no puedo. Es todo más complicado de lo que llegas a pensar.

—¡Estoy harta de que penséis que no puedo asimilar toda la información! No soy estúpida, puedo asimilar cualquier cosa que me digan...

— Si de algo estoy seguro, es que eres la persona más inteligente y hermosa que he tenido el placer de conocer — la mirada del General se ancló en los labios de la muchacha. La deseaba, quería poseerla allí mismo aunque supiera que no podría tenerla jamás.

— No vas a camelarme con palabras bonitas.

— Lo sé, pero sé que te gusta escucharlo.

Lohan se inclinó a ella con una lentitud torturadora para darla la oportunidad de que le rechazase cuando ella quisiera. Al principio, el beso era tierno y cariñoso, pero con el paso del tiempo, la necesidad se apoderó de ellos y la excitación se apoderó de sus cabezas. Lohan

desabrochó el traje de esgrima de la muchacha y se detuvo de golpe al notar las vendas bajo sus dedos.

Bajó la mirada y exclamó:— ¡Qué horror! ¿Por qué has hecho esto?

—Aparentar ser un hombre es duro — comentó con una sonrisa traviesa en los labios.

—¿Te duele? — preguntó, aunque ya conocía la respuesta. Zulema tenía pechos generosos y había conseguido convertirlos en dos pequeños montículos de bajo de la tela. Por supuesto que la dolía.

— Es molesto, pero lo puedo aguantar.

— Pobres... — comenzó a jugar con el borde de la venda pero se detuvo al instante—Deberíamos parar.

Al instante, Zulema se percató de los ruidos que provenían desde el otro lado de la puerta. Habían llegado nuevos nobles y podían entrar en cualquier momento.

—Tienes razón— claudicó.

Lohan le plantó un beso casto en los labios y cuando fue a separarse, sintió un tirón de su collar que le obligó a retomar el contacto. El muchacho le reprendió mordiéndole el labio inferior, y entre risas, la puso a horcajadas sobre él.

—Llevas este collar siempre —comentó mientras jugueteaba con su colgante—. ¿Por qué?

—Fue un regalo de mi madre.

—¿Y qué es?

La muchacha dejó de jugar con él y descansó el colgante sobre la palma de su mano. Tenía tamaño y grosor de una moneda, era de plata y tenía una calidad que nunca antes había visto. El grabado era tan complejo que no llegaba a distinguir bien el dibujo.

—Es el escudo de la familia de mi madre —la muchacha pudo notar que el hombre se tensaba, incómodo.

—Pérdoname, no debería de ser tan curiosa.

—No, tranquila. Nací en plena guerra civil y mi padre se negó a aceptarme como uno de mis hijos legítimos. La familia de mi madre me crió entre espadas y batallas. Cuando me consideraron un guerrero digno, me dieron

este colgante que antiguamente permaneció a mi abuelo.

—Vaya... Debes de tenerle un cariño especial.

—Siempre me recuerda quien soy y de dónde vengo: del ejército rebelde. No teníamos más que la ropa que llevábamos, pero luchábamos con la fiereza del que no tiene nada. Y éramos imbatibles.

La muchacha le miró con profundo orgullo en la mirada. Nunca le había escuchado hablar con tanta pasión en su voz, pero la encantaba y si es que fuera todavía posible, se quedó aún más prendada de él.

—Y ahora—dijo después de aclararse la voz—, voy a enseñarte a batirte en batalla.

—¿Eso harías?—preguntó con entusiasmo mientras se ponían de pie.

—Eso y más—la atrajo a su pecho y la besó con ternura.

En ese mismo momento, Zulema supo que no quería a nadie más que no fuera él. Sentía algo por ese hombre y aunque cualquier pretensión de acabar juntos era imposible, se permitió soñar el resto el día. Para su sorpresa, Lohan Alros era un profesor comprensible, dispuesto a repetir varias veces la misma lección y sin reparos de premiar los avances de sus alumnos, por mínimo que fuera. Cuando Xoel entró en la habitación, no pudo evitar asombrarse de verlos batallando juntos. Zulema se hubiera descubierto sino fuera porque el tío del Duque estaba detrás, comentando con jocosidad lo patético que resultaba su sobrino en esgrima. Lohan les ayudó a escabullirse de allí. Él entretenía a Mauro Critia mientras ellos se apuraban a cambiarse en los vestuarios antes de que fuera la hora punta y estuviera repleto de hombres. Se marcharon sin poder despedirse del guerrero yurita, pero Zule guardó la esperanza de volver a verle.

Xoel, aunque ardía en deseos de saber qué había pasado durante su ausencia, no se atrevió a preguntar. Aunque cualquiera pudiera diagnosticar lo ocurrido, conocía el mal que padecía su amiga: amor. Ello sufría en primera persona cuando su cabeza recordaba a su primo y aunque al mismo tiempo fuera el sentimiento más bello que podría llegar a sentir, no pudo evitar sentir lástima por ella. Amar a otra persona sin la posibilidad de acabar juntos algún día era lo más duro que había. Y él mejor que nadie lo sabía.

Capítulo 9

Te esperaban, Aldo

Zulema observó sus cuentas con evidente fastidio. Había estado revisando los números del semestre anterior durante toda la mañana y todavía había algo que no llegaba a entender. Comprendía que su padre hubiera decidido invertir el doble en defensa, en gastos de reparación y en la adquisición de nuevos barcos, barriles y demás enseres, pero... ¿Por qué no había destinado más del diez por ciento de los beneficios finales a una cuenta que se hacía llamar "Inversiones"? Nada tenía sentido. Debía de hablar con su padre, si es que el orgullo le permitía romper su voto de silencio.

—Malditos números...

Se frotó la cara con las palmas de las manos y siguió farfullando sin sacar la cabeza del libro.

— Siempre estás agobiada, prima.

Incrédula, la muchacha levantó la cabeza y su mirada se topó con la de un muchacho atractivo que esperaba divertido en el umbral de su habitación.

—¡Aldo!

Se levantó bruscamente de su asiento, corrió en dirección a su primo y se estrelló entre sus brazos.

—Te he echado de menos, prima.

La muchacha saboreó cada segundo que estuvo entre sus brazos. Aspiró profundamente y pudo percatarse de que olía a mar y rayos de sol.

—Necesito ver cómo has crecido, Aldo —demandó la muchacha mientras se separaba lo suficiente para poder verle mejor.

Su primo se había convertido en un hombre muy atractivo. Tenía la piel bronceada, el cuerpo trabajado y una sonrisa capaz de derretir a cualquier muchacha. Sus ojos color verde brillaban de alegría, su melena, a la altura de los hombros se había aclarado por su larga estancia expuesta al sol y el salitre del agua marina.

Su primo había crecido y no tenía la menor duda que conseguiría encajar entre la nobleza sin problemas.

—Has crecido, Zulema. Te has convertido en toda una mujer.

La mujer sonrió agradecida por sus palabras.

—¿Cuándo has llegado? No te esperábamos hasta la semana siguiente.

—Los vientos me han sido favorables—el rostro del muchacho se endureció—¿Qué ha pasado, Zulema? No he podido evitar notar que tus padres están distintos.

La muchacha suspiró, abatida.

—Aldo... Parece que la tragedia me persigue vaya donde vaya.

Su primo le miró con cara de circunstancias.

—¿Señorita Zulema? ¿Señorito Aldo? —Ambos se voltearon hacia el mensajero que esperaba en el marco de la puerta servicialmente— Ha llegado el Duque de Lupe, aguarda en el recibidor.

—¡Oh, perfecto! Ahora bajamos, podemos disfrutar que hace un buen día y dar un paseo por los jardines—se volteó hacia su primo—. ¿Te parece bien, primo?

—Por supuesto. Dígale que nos espere fuera.

El mensajero asintió y antes de marcharse, hizo una pequeña reverencia.

—Había enviado un mensaje a Xoel para que se reuniera conmigo esta tarde—dijo a modo de disculpa—. Me ha sido de mucha ayuda durante tu ausencia, Aldo.

—Tenía ganas de verle—y en su voz se podía apreciar el miedo a no ser correspondido.

—Y él de verte a ti.

La muchacha le sonrió con ternura. Entrelazaron sus brazos y se dirigieron hacia el jardín, donde les esperaba con nerviosismo Lupe. Su relación era complicada, habían aceptado que nunca podrían estar juntos, pero nadie podía echarles en cara que disfrutaran los pocos momentos que compartían a solas.

—¡Xoel, mira quién ha llegado desde el otro lado del continente! —exclamó la muchacha con jovialidad.

—Señor Arquech, es un placer volver a verle—se estrecharon las manos con excesiva rigidez. Tanto, que la tensión y la incomodidad se podían

palpar en el ambiente.

—El placer es mío—contestó con caballerosidad—. Mi prima me ha contado que la habéis hecho compañía en mi ausencia, no tengo palabras para agradecérselo, sobretodo siendo conocedor del delicado estado en el que se ha encontrado estos últimos meses.

—No hay nada que agradecer—el duque agitó la mano en el aire, restándole importancia a sus palabras, —su prima es mi amiga desde la infancia.

—¿Por qué no vamos a andar por el jardín? —intervino Zulema—¡Estoy deseando de llevarte al laberinto y comprobar si todavía te acuerdas de la salida!

Su primo rió y fue una sonrisa tan varonil y aterciopelada que provocó que Xoel se estremeciera de pies a cabeza.

No anduvieron demasiado, se detuvieron en cuanto divisaron a la señora Hilda andar acalorada a su dirección.

—¡Zulema, querida! He estado buscándote por todo el castillo —mintió, pero quería darle sentimentalismo a sus palabras.

La muchacha maldijo en sus adentros, parecía que nunca podría ponerse al día con sus amigos.

—Tía Hilda, ¿Qué ocurre?

—El Marqués de Damén aguarda en el salón de armas. Ha venido sin avisar, al parecer tenía que tratar temas urgentes con vuestro padre, pero antes quería hablar con su futura prometida.

—¿Futura prometida? —preguntó su primo sin disimular su asombro.

La muchacha notó como los tres pares de ojos se clavaban en ella. Se soltó de su primo y reuniendo todas las fuerzas que pudo, sonrió como si nada pasara.

—¡Han pasado tantas cosas en tu ausencia, Aldo! Pero creo que el Duque de Lupe sabrá poneros al día de todo —la muchacha le dirigió una mirada a su amigo y este asintió, entendiendo que quería que le contara todo sin olvidar ningún detalle por escandaloso que fuera—. Con vuestro permiso.

Hizo una elegante reverencia antes de marcharse. Notó que su madre la acompañaba, pero no la prestó atención.

En cuanto le vio en medio de aquella sala con su estúpida sonrisa arrogante y su almidonada ropa, quiso echarle de allí mismo con un puntapié en el culo.

—¡Zulema Arquech! Es un honor volver a verla —hizo una reverencia— Nuestro encuentro aquel día en la fiesta me supo a poco.

La muchacha no contestó, ni si quiera mutó su expresión.

—Os dejaré a solas para que podáis ir conociéndoos—intervino su madre en el incómodo silencio.

Antes de marchar, hizo un pequeño gesto con la cabeza indicando a los sirvientes que desalojaran la sala. En cuanto la puerta fue cerrada, el rostro del Marqués mutó de cordial alegría a la profunda repulsión.

—No sé qué te traes con ese General, pero qué menos que exigirte que no vuelvas a verle—caminó hacia ella, provocando que la muchacha se tensara de pies a cabeza —. Nuestro compromiso va a levantar muchos murmullos y supongo que estarás al corriente de los conflictos con Yuria...

—No se acerque más—dijo con brusquedad al ver cómo disminuía la distancia que les separaba con cada paso.

—¿Cómo dice? —preguntó, atónito.

—Mantengamos la conversación a una distancia prudencial, por favor.

—Te aconsejo que no me enfades Zulema, sino fuera porque el rey me ha presionado para que aceptara esta farsa de matrimonio, no hubiera aceptado estar contigo en la vida. Eres una creída, frígida y siempre tienes esa mirada... como si estuvieras muerta por dentro que me da escalofríos. Antes hubiera escogido a cualquier mujer antes que a ti, la hija de unos vulgares comerciantes...

Las últimas palabras las pronunció con profundo asco.

—Pues no pareció que os desagradara mi presencia cuando me abordasteis en los jardines con intenciones oscuras. Pero creo que sabrá buscarse otra compañía que sea más de vuestro agrado, como la señorita Zenai, ¿Verdad?

Zulema estuvo a punto de caer al suelo cuando el marqués estrelló su mano contra su mejilla. Apenas pudo salir de su estupor cuando el Marqués le agarró del cuello y la obligó a mirarle.

—No sé qué educación te habrán dado, pero lo que te ordene tu futuro marido lo acatarás sin rechistar—La muchacha podía notar su aliento en la cara y pudo oler el whisky—. Estoy permitiendo que tu familia deje de ser unos malditos plebeyos. Agradécelo.

Cuando acabó, la soltó del cuello. Apenas la había hecho daño pero estaría segura que cuando su matrimonio estuviera consumado, las palizas y la humillación verbal se producirán cada día con mayor asiduidad y dureza.

—Y dicho esto querida, nos volveremos a ver. Tengo que tratar con tu padre asuntos de hombres.

Se recolocó la chaqueta y tras mirarla de arriba abajo con evidente repulsión, se marchó de la sala.

Zulema sintió por primera vez en su vida, una ira que la sacudía con tanta fuerza incontenible que la hacía sentirse como si fuera capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera. Aquella sensación había sido demasiado poderosa para resistirse a ella, y había conseguido llegar al establo donde su amigo cepillaba el poderoso podenco de su padre.

—Lucas, necesito tu ayuda.

—¿En qué lio quieres meterte ahora, Zuli? —su rostro mudó de color al ver a su amiga con el labio partido y la mejilla colorada.

—Necesito el nombre de alguna taberna. No necesito que sea una taberna muy... —la muchacha sopesó sus palabras, ¿Qué era lo que buscaba exactamente? Ni si quiera ella sabía qué clases de tabernas existían—... Una taberna corriente.

—¿Y piensas ir tú sola? —demandó saber.

—Mis padres irán a la fiesta íntima de los Moretos, y Aldo se pondrá al día con sus amigos. Hoy es la noche perfecta para cumplir un punto de mi lista.

—¿Pero piensas ir tú sola?

—Sí.

—No permitiré que vayas sola, te acompañaré si hace falta.

—Nadie se puede enterar de esto, Lucas—le recordó con dureza.

—¿Has estado alguna vez en una taberna?

—¡Por supuesto que no!

—Pues por eso me necesitas como compañero —y lo dijo con una rotundidad que Zulema no pudo replicar—. Esta noche, cuando tus padres se marchen al baile, subiré a vuestra habitación con el propósito de dejaros a Toffe y os dejaré un vestido de lana y una capa de mi hermana para que no llames demasiado la atención. Cuando estés preparada, te esperaré dentro de un carruaje de alquiler fuera. ¿Entendido?

—De acuerdo.

Capítulo 10

Corre y Ladra

Zulema se removió con nerviosismo en el asiento del carruaje. Sintió que la áspera lana la irritaba la piel y se arrepintió de no haberse puesto una camisola más gruesa debajo del vestido.

—¿Te pegó? —la muchacha despegó su mirada del cristal de la ventana, sorprendida por la pregunta—¿Ese canalla fue capaz de levantarte la mano en vuestra propia casa?

—¿Qué más da que me haya abofeteado en mi casa o en el jardín del mismísimo rey? Nada le parará hasta que no me vea completamente sumisa.

Aquellas palabras pronunciadas sin ningún tipo de sentimentalismo en su voz, hizo que el corazón del muchacho se comprimiera. Lucas se frotó la cara con las palmas de las manos, tratando de controlar su furia. Quería golpear al Marqués por haberse atrevido a golpear a su amiga; quería golpear a sus padres por permitir que estuviera comprometida con un monstruo como él; quería golpear a ese estúpido General que tanto daño le había dicho en la fiesta de máscaras; y por último quería abofetearse a sí mismo por no sentirse tan estúpido.

—Hoy tacharé dos puntos de mi lista—comentó la muchacha con evidente nerviosismo—: beber whisky y visitar una taberna.

—Iremos al "Corre y ladra". Fue una taberna muy popular, aunque ya ha perdido fuelle —el muchacho se relajó en su asiento —. Aunque algunos nobles siguen frecuentándolo.

—¿Los nobles visitan tabernas?—preguntó, curiosa.

—Por supuesto.

—¿Por qué?

—Mujeres de compañía más económicas— el muchacho se encogió de hombros —. Aunque algunos van aprovechan para hacer negocios con otros comerciantes. Por mucho que despotriquen de los comerciantes por tener que trabajar para ganar dinero, muchos les necesitan para sobrevivir.

El carruaje se detuvo, y la muchacha se puso en alerta. El corazón comenzó a bombearle sin compasión. Y su mirada no pudo despegarse de la fachada de aquella taberna. Había un tablero encima de la puerta que

rezaba "Taberna Corre y Ladra", la luz del interior iluminaba la calle y varios hombres conservaban animadamente fuera. El conductor abrió la puerta y como no hizo ningún movimiento, Lucas se dirigió a ella con exasperación en su voz:

—¿Quieres que volvamos a casa?

La muchacha negó con la cabeza, pero sentía que sus piernas no estaban dispuestas a colaborar.

"¿Estoy preparada, o no?" se preguntó la muchacha. No podía arrepentirse ahora, no estando tan cerca de su objetivo. Puso un pie sobre la escalerilla plegable y se apoyó en la mano que le tendió el hombre.

Una vez fuera del carruaje, se armó de valor y esperó a su amigo sin poder despegar la mirada de la multitud que entraba y salía del establecimiento.

—No te preocupes, no pienso separarme de tu lado en ningún momento— le susurró Lucas a escasos centímetros de su oído. Se internaron entre el gentío y se encaminaron hacia la entrada.

El local estaba lleno de gente en diversos estados de ebriedad. Gritaban y reían con total naturalidad, y aunque Lucas había elegido la taberna más formal en la ciudad de Sigalí, Zulema no pudo evitar sentirse horrorizada y fascinada al mismo tiempo ante todo aquello. Aun así, Lucas admiró a su amiga, que incluso cuando un estridente coro de risas estalló en una de las mesas más cercanas que la hizo saltar de asombro en el sitio, supo recobrar rápidamente la compostura. Zuli no pudo despegar la mirada de otra mesa donde un hombre corpulento rodeó la cadera de una camarera pechugona y la atrajo a su regazo. Escandalizada, apartó la mirada, topándose con una pareja acaramelada que ansiaba el contacto el uno del otro. Sus mejillas se tiñeron de rojo y agradeció llegar a su mesa. Era una de las pocas mesas libres que quedaban en el local, estaba débilmente iluminada y aunque muchos pensaran que fueran pareja, no la importaba. Nunca la importó lo que la gente decía de ella, ¿por qué empezar ahora?

—No sabía que habría tanta gente esta noche. Sino, hubiera elegido otro sitio—dijo Lucas a modo de disculpa.

La muchacha negó con la cabeza. Aquel sitio era perfecto, cumplía cada una de sus expectativas. Iba a comentar sobre la cantidad de muchachas que había en aquel pequeño establecimiento, hasta que vio a una camarera dirigirse a ellos con una sonrisa pintada en la cara.

—¿Qué van a pedir?

Zulema miró con diversión aquella escena que tenía ante sus ojos. Lucas, estaba nervioso, mirando a cualquier otra parte que no fueran los dos abundantes pechos que con tanta gratitud se los mostraba la camarera.

—Dos vasos de whisky—pidió el muchacho.

—Ahora mismo vuelvo.

La camarera regresó después de unos minutos y se inclinó sobre Lucas, mostrándole de nuevo sus dos grandes atributos.

—¿Necesita algo más, mi señor?

— No, muchas gracias— respondió con una sonrisa nerviosa.

Cuando la muchacha se marchó, no sin dedicarle un último reproche, Zulema ensanchó la sonrisa.

—¿Frecuentas con normalidad estas tabernas?

Lucas, nervioso, se pasó la mano por el cabello, despeinándose.

—No. Bueno... Alguna que otra vez, pero...

—No tienes por qué excusarte, Lucas. Eres libre de hacer lo que quieras fuera del palacio.

—Lo sé, pero...

—¿Pero aun te cuesta contarme este tipo de cosas? —dijo sin todavía creérselo— ¿A mí, que llevo una temporada envuelta en el escándalo? —le miró con diversión.

—Lo que me pone nervioso es que nadie te reconozca. ¿Cuántas veces has ido con tus padres a visitar los orfanatos o los comedores de caridad?

—Lucas, la ropa es un claro signo de estatus—se llevó la mano al cuello del vestido y acarició la tela áspera— Solo soy una muchacha que solo se puede permitir llevar un vestido de lana y ser invitada por un muchacho.

Lucas abrió la boca, pero se detuvo cuando la puerta se abrió y entraron un grupo de hombres. Su cara mudó de color.

—¿Qué ocurre, Lucas?

La muchacha se movió de su sitio.

—No te voltees—la ordenó.

—¿Qué ocurre, Lucas? Me estás asustando.

—El General Lohan acaba de entrar—dijo en apenas un hilo de voz—Está con su amigo y dos hombres que no he visto nunca en mi vida. Pero tienen el escudo de tu padre en el pecho.

—¿Marineros?

—Sí.

—¿Crees que están traicionando a mi padre?

—No lo sé, pero no deben de reconocerte. Marchémonos.

—¡Espera! —el muchacho volvió a plantar su trasero en su asiento— Llamaríamos demasiado la atención. ¿Están todavía sentados?

—No, se han parado a hablar con unas muchachas.

Zulema sintió una punzada de celos.

—Lucas, necesito que recuerdes el rostro de esos marineros.

El muchacho asintió, y el silencio cayó entre los dos muchachos. Zulema se llevó el vaso a los labios y tomó un pequeño trago. No pudo evitar disimular su desagrado. El líquido la hizo toser, y no pudo ignorar la leve quemazón que le infligió en la garganta.

—¿Puedo preguntarte algo íntimo? —preguntó con timidez.

—No seas estúpido, Lucas. Eres mi amigo y mi compañero de aventuras, no hace falta que me preguntes.

—¿Le amas? —señaló al general con un gesto de cabeza— ¿Amas a ese general?

—No sé si amar es la palabra correcta pero... si, siento algo por ese hombre.

—¿Por qué? ¡Lleva medio año robando a tu padre!

La muchacha se removió incómoda en su asiento.

—¿Acaso debería de sentir más aprecio por el Marqués de Damén? Me pegó esta tarde, Lucas. No quiero ni imaginar qué sería capaz de hacerme cuando la ley le ampare y pueda tratarme como a un perro.

—Pero es un maldito yurita, Zulema.

—¿Y qué? El pueblo estaba asfixiado de impuestos, se levantaron contra su rey y vencieron—resumió en pocas palabras lo que había leído en un libro que había sustraído de la biblioteca privada de su padre. Era muy difícil encontrar muchos más detalles de Yuria, parecía la guerra hubiera destruido todas las crónicas durante aquel periodo temporal.

—El Rey Loco fue sustituido por su hermano, Eura Prufia, y su hijo bastardo fue nombrado General.

—¿Cómo sabes eso? —demandó saber—¿Cómo sabes que él es... un hijo bastardo?

—Te sorprendería lo mucho que hablan los nobles mientras esperan a que su caballo esté listo. Además, los criados somos invisibles.

El silencio volvió a caer sobre ellos. Zulema tenía muchos pensamientos en su cabeza.

—Gracias por acompañarme hoy —dijo con completa sinceridad—. Sé que estas muchachas son... —sus labios parecieron negarse a pronunciar "prostitutas"

—Aquí conocí a Rox—comentó con indiferencia.

—¿Qué tal con ella?

—Me gusta, pero es muy duro. Su trabajo es muy complicado. No hay día que me preocupe si estará bien o no.

Zulema no supo qué contestar. El oficio de Rox era complicado y tan distinta a su vida, que no era quien para darle consejos.

—Marchémonos—comentó Lucas, sin esperar a que su amiga replicara, se levantó de su asiento y dejó unas monedas en la mesa—. Acaban de sentarse en una mesa , no se percatarán de nuestra presencia.

La muchacha asintió, y siguió a su amigo sin separar la mirada del suelo, ocultando su rostro tras su cabello. Pero la taberna estaba aún más repleta de lo que estaba cuando llegaron y perdió de vista a Lucas. Trató de sortear a toda la cantidad de personas que había, pero cuando trató de sortear a un hombre corpulento notó un fuerte pisotón que la hizo soltar

un pequeño grito de dolor.

—Lo lamento, señorita.—El general se quedó en silencio cuando la muchacha levantó la cara, sorprendido.

—No se preocupe.

La muchacha no perdió ni un segundo en escabullirse entre la multitud.

— ¡Espera!

Trató de retenerla, agarrándole el brazo, pero se zafó de su agarre y se perdió entre la multitud. Lohan maldijo su suerte, su tamaño, a cada uno que frecuentaba aquella estúpida taberna y a esa mujer que tenía la manía de estar en todos los sitios donde no debería de estar. No pudo contener la ira cuando la vio introducirse en el mismo carruaje que un hombre rubio. No sabía quién era, pero deseó desfigurarle su delicado rostro con los puños.

Volvió a su asiento y con una simple mirada de precaución, hizo que su amigo se reprimiera todas las preguntas que le había generado su extraño comportamiento. Mientras los demás reían y hablaban, él solo pudo pensar en la forma de abordarla la próxima vez que se vieran.

Capítulo 11

Dame tiempo

La fiesta estaba siendo un éxito, Aldo había llamado la atención de todas las damas presentes y la presencia del Duque de Lupe, después del trágico fallecimiento de sus progenitores, no pasó desapercibido por nadie.

La muchacha acababa de rechazar una invitación de baile cuando se percató de que el General Lohan se acercaba a ella con clara determinación y ceño fruncido. La muchacha se puso alerta, ¿Qué diablos creía que estaba haciendo? Iban a llamar la atención de todos los invitados, se levantarían decenas de rumores al respecto y ella tendría que sufrir la ira del Marqués. La muchacha buscó con la mirada una forma de huir, pero fue imposible. Lohan ya estaba enfrente suya con mirada escrutadora.

—¿Se puede saber a qué juegas?— le espetó con dureza.

La muchacha forzó una sonrisa.

—General, tenga cuidado con sus modales, no queremos llamar la atención de todos estos nobles — rió nerviosa

—No juegues conmigo, mujer.

—¿Y si ya no quiero jugar más contigo?

— Bailemos—ordenó el General, decidido a no seguir con su juego.

— No quiero.

—Mujer, mi paciencia tiene un límite—advirtió.

La mujer pudo notar decenas de pares de ojos incrustados en ellos, no quería dar ningún escándalo y tampoco tener que explicar qué clase de relación tenía con aquel hombre.

—Si insiste... —hizo una pequeña reverencia y ofreció su mano para que la cogiera.

— Me debes muchas explicaciones —susurró a escasos centímetros de su oído.

— No sea atrevido, General —le lanzó una mirada de reprimenda y el

hombre apretó su mandíbula, resignado.

— Os vi en la taberna.

— Imposible, una mujer de mi estatus no puede frecuentar esos lugares.

— Viniendo de usted no me parece descabellado pensarlo— la muchacha se encogió de hombros, no sabía qué responder ante eso —. Debería de contárselo a sus padres para que la mantengan encerrada en su habitación.

—De cualquier modo, eso nunca ocurriría si quieren que me case cuanto antes.

—¿Qué?

— Olvídelo.

— ¿Qué es lo que ocurre?—demandó saber con dureza.

— ¡Solamente olvídalo! —contestó molesta la muchacha.

— Solamente quiero que estés segura.

— ¿Con qué fin? — preguntó irritada—No hay absolutamente nada entre usted y yo ¿O acaso miento? —la muchacha alzó las cejas y esperó varios segundos para que el yurita le contestara, pero solo recibió una mirada de pura furia. La mujer se obligó a respirar profundamente y relajó su entrecejo — Para mi no fue una noche cualquiera, Lohan. Pero no puedo ignorar que estás haciendo daño a mi familia. Me debes muchas explicaciones.

— Yo nunca me aprovecharía de ti —pero la mirada de profunda tristeza con la que le miró la muchacha, le obligó a decir toda la verdad—. Y mucho menos después de haberte conocido.

— Ya no importa —la muchacha se separó del hombre cuando la música cesó, y antes de darse media vuelta sintió muchas ganas de añadir:—. Mi padre considera que ya es hora de que me busque un pretendiente y le pediría que mantuviera en secreto nuestro... —buscó en su cabeza la palabra perfecta para definir aquello — que mantenga en secreto nuestros encuentros, se lo ruego.

— Si así lo deseas —hizo una reverencia —, mantendré la boca cerrada, pero no seré capaz de olvidarlo jamás.

— Yo tampoco —contestó la muchacha —, y no por desgracia.

Una tímida sonrisa, que Lohan no alcanzó a leer, brotó de lo labios de la muchacha. ¿Acaso sonreía porque le había prometido que no le contaría a nadie lo que ocurrió en aquella escapada, o porque le agradaba que le confesara que no lo olvidaría? El General se marchó de la pista de baile y se fue directo a la mesa donde reposaban decenas de copas de vino. Tomó uno y se lo llevó a los labios, vaciándolo en apenas dos tragos.

—Calma amigo, que todavía queda mucha noche por delante.

No le hizo falta voltearse para saber quién era. Reconocería la voz de su amigo y camarada entre el bullicio de conversaciones.

—¿No has encontrado a ninguna dama para cortejar, que me tienes que venir a molestar a mi, Enzo?

—¿Qué te traes con la hija de los Azquech?

— Nada, solo la he invitado a un baile, y se ha comportado como una niñata creída y mal criada—mintió.

— ¿Acaso no lo son todas las muchachas de aquí? —No, ella no lo era, pero se limitó a asentir —Además, pierdes el tiempo tratando de agradarla, amigo mío.

—¿Por qué? —gruñó molesto. Deseaba quitarle esa sonrisa petulante de un puñetazo y arrancarle las repuestas a golpes. Odiaba cuando su amigo se hacía el interesante.

— Una chica a la que estuve cortejando, me comentó que ya estaba comprometida, aunque no sabía con quien — contestó con indiferencia—. ¡No veas, amigo! En todas las fiestas que he asistido esta primavera, cada vez que me fijaba en ella, las muchachas con las que estbaa en ese momento, siempre la ponían de caer de un burro. Al principio creía que era pura envidia, pero si es tan insoportable como tú dices, tal vez sea cierto. Una pena en verdad, es hermosa...— ambos muchachos la observaron conversar relajadamente con el Duque de Lupe—¿Tú crees que lo puedo intentar? Ya sé que es noble y que está comprometida pero... ¿Acaso le importa a alguna?—rió por su propio chiste.

— No juegues con los negocios, Enzo— le reprendió con firmeza—. La señorita Azquech nos interesa intacta si es que queremos pedir un rescate por su cabeza.

—Por supuesto, solo era una broma...

— Pues no vuelvas a decirlo ni en broma, y mantén tu lengua quieta cuando estemos en fiestas de este estilo. Aquí parece que las paredes oyen.

Se sorprendió a sí mismo repitiendo la frase que Zulema le había dicho en su primer encuentro, y hoy lo entendía mejor que nunca. Aquel tipo de fiestas eran una constante presión social, donde siempre había un par de ojos observándote y una oreja dispuesta a escucharte a escondidas.

— Enzo —el muchacho se giró en su dirección —, al lado de la estatua sin brazos está nuestro hombre.

El muchacho rubio asintió, y sin pronunciar palabra, se dirigió hacia su objetivo. Enzo era experto en convencer a los nobles, sabía qué decir y qué hacer para complacerles, el papel del General Lohan era amenazarles cuando la disuasión no servía.

Volvió a tomar una copa de la bandeja de un camarero y volvió a bebérsela en apenas un pestañeo. Aquella muchacha le hacía desmarcarse de sus negocios, y aunque debería de sentir rechazo por ello, la deseaba. Se paseó por la sala mientras observaba las numerosas caras, algunas conocidas y otras no tanto.

Salió a fuera para respirar aire fresco, aunque no sin antes de rearmarse con otra copa de vino. Se sentó en el borde de la barandilla, semioculto entre una estatua y un increíble rosal. Se entretuvo con aquellas magníficas flores, debía de hacer tiempo si pretendía que su siguiente movimiento saliera correctamente. Pero no pudo apartar sus pensamientos de Zulema, no era como el resto, ni siquiera se parecía a las mujeres de su tierra natal. Ella era única, absolutamente nueva y diferente de todas las mujeres que había conocido antes. Y era esa tóxica mezcla de curiosidad inocente y voluntad femenina lo que le había llevado a comportarse de la manera en que lo había hecho. La deseaba con todo su ser, de una manera en que no había deseado a ninguna mujer. Pero por supuesto, no la podía tener, él estaba comprometido con su país y con nadie más.

— ¿Quién te has creído que eres?

Aquel interrogante le puso alerta. Conocía aquella voz pero no podía ver a quien se dirigía.

—Suélteme, me hace daño—le espetó Zulema.

— ¿Si? Pues no es ni la mitad de dolor que te mereces. ¿Bailar con ese estúpido del General? ¿Acaso no me encargué de meterte mis órdenes en

esa dura cabeza tuya?

—¡Suélteme! — exclamó con rabia contenida en su voz—, no somos todavía marido y mujer, y no voy a permitir que me trate como un felpudo sin motivos.

— Te trataré como a mí me dé la gana. Puedo arruinaros a ti y a toda tu familia, recuérdalo.

— Que te den—las palabras salieron envenenadas de la boca de la muchacha, enervando a su prometido.

El sonido de una bofetada rompió el silencio. El General detuvo todas sus intenciones de salir de su escondite y se obligó a mantenerse oculto.

— No entres hasta que dejes de tener la mejilla rosada. No quiero que la gente hable más de lo que ya lo está haciendo, puta suelta.

Cuando el General dejó de escuchar los pasos del Marqués salió de su escondite.

— ¿Por qué no me dijiste que ya estabas comprometida?

La muchacha dio un salto en su sitio, asustada.

— ¿Acaso importa?—le espetó sin voltearse hacia él.

— A mi sí.

— ¿Con que intenciones?— se volteó hacia él, irritada. Sus ojos brillaban por las lágrimas que se acumularon en sus ojos y que amenazaban con precipitarse.

— No me gusta que traten mal a las mujeres, y ese malnacido te ha pegado delante mía.

— Pues has tardado esta vez en socorrerme, ¿no crees?— el hombre apretó la mandíbula y el rostro de la muchacha se suavizó, sabía que estaba siendo cruel con él sin sentido—. Lo siento, es solo que... da igual.

Negó con la cabeza, estaba cansada de dar escusas.

— Adelante—le animó.

— No tendría que estar comprometido con ese canalla si tú y los tuyos no presionarais tanto a mi padre. El Marqués tiene territorios cercanos a la frontera, y mi compromiso le dará el suficiente apoyo económico para

reforzar sus territorios en el caso de que...

— En el caso de que decidamos atacaros— terminó por ella.

— El rey ha presionado a mi padre para que aceptara el maldito compromiso —informó mientras caminaba hacia él y se ocultaba en su escondite.

Se quedaron en silencio por largo rato, y Zulema lo agradeció para poder serenarse y enfriar sus emociones. Cogió aire y lo soltó bruscamente antes de hablar:— Ahora te toca a ti.

— ¿Perdón?—el General no se molestó en disimular su desconocimiento.

— Cuéntame algo de lo que se supone que no puedes contarme. ¡Vamos!— le apremió.

— No recuerdo haber hecho ese pacto contigo— dijo divertido.

— No hace falta, se trata de caballerosidad. ¿Cómo quedaría yo si contara mis trapos sucios a cualquiera solo por chismear?

Lohan se quedó unos segundos mirándola, todavía no estaba acostumbrado a esos cambios emocionales tan drásticos, pero le encantaba que le sonriera de esa forma.

— Vivimos momentos duros, mi rey tiene que hacer malabares con el dinero y Sigali es una golosina muy codiciada para dejarla marchar.

— ¿Y por qué optar por la invasión? ¿Por qué no vía matrimonial?—preguntó con ensayada indiferencia.

— ¿Con quién? El rey no tiene hijos, todavía— informó—. Además, vuestro rey nunca aceptaría compartir su focos económico más importante.

—No pienso casarme con ese majadero sin antes haber hecho todo lo necesario para impedirlo.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? ¿Destrozar tu reputación?

—No creo ni que sirva para evitar el dichoso enlace—comentó con fastidio—. Tenía la esperanza de que existiera alguna posibilidad con... —negó con la cabeza—Da igual.

—Confía en mí.

—No podré confiar en ti si no me cuentas cuales son tus verdaderas intenciones— las lágrimas volvieron a brotar en sus ojos—. ¿Qué haces

aquí, Lohan?

El General le plantó un beso casto en los labios. La mirada de la muchacha brilló y su cerebro dejó de funcionar cuando le acarició la mejilla adolorida con cariño.

—Para, por favor —le sujetó la mano, deteniendo sus caricias—. Es cruel. Tú no quieres nada conmigo y yo estoy dispuesta a aferrarme a cualquier posibilidad que implique no casarme con ese estúpido. Además, tú no eres cualquiera.

—Lo siento. Si estuviera en mi mano...

—No te comprometas. No hace falta—el silencio calló entre los dos—Debo de volver al baile.

Cuando la muchacha despegó sus pies del suelo, el General la detuvo cogiéndola de la mano.

—¿Qué ocurre?—la muchacha le miró con curiosidad, aquel comportamiento no era normal.

—No puedo decirte los motivos reales por los que me muevo, pero solo te pido que me des tiempo.

—¿Tiempo para qué?—interrogó exasperada.

—No puedo decirte por qué pero ten paciencia.

—Ya no tengo paciencia, ¿es que no te das cuenta? — la muchacha miró a los lados, tratando de calmarse. Debía de jugar bien sus cartas—Haré lo que me pide a cambio de algo.

—Dime.

—¿Por qué se reunió con los marineros en esa taberna? ¿Trata de destruir a mi padre desde dentro?

—No, por supuesto que no. Esos marineros nos ayudaron en primeros días en Sigali y quisimos devolverles el favor invitándoles a unas cervezas—mintió—. No hay nada oculto, Zulema.

La muchacha negó con la cabeza. Suspiró pesadamente y tiró del agarre para liberarse. La estaba mintiendo, lo sabía aunque no supiera decir exactamente por qué.

—¡Zulema! —el yurita sabía que la estaba perdiendo—, mis primeras intenciones contigo no fueron decentes, lo confieso. Pero te conocí y... No

quiero hacerte daño, no dejaré que te cases con ese maldito Marqués. Moveré cielo y tierra para que eso no ocurra jamás, si tengo que pedirle a mi rey que me acepte como su hijo predilecto, lo haré.

Zulema se quedó mirándole con la boca abierta y sin tener muy claro qué hacer o qué decir.

— No te creo.

—¿Qué necesitas para creerme?

— La verdad.

— No puedo —sentenció con derrotismo en su voz.

— No acepto esa respuesta.

— Temo perderte si te cuento la verdad—confesó, y nada más terminar aquella frase sintió que una fuerte presión en el pecho se disipaba.

— Me perderás de todas formas si no lo haces. Solamente siento que estoy jugando con fuego y que ya me he quemado, invitándote a entrar a mi hogar.

—Entonces estoy en un punto muerto, ¿verdad? — la abrazó por la cintura y la atrajo a su cuerpo. Ella comenzó a juguetear con su cadena, distraída— Prometo que te diré toda la verdad cuando llegue el momento adecuado. Pero ahora te esperan dentro de esa fiesta.

— Te sorprendería lo poco que me importa lo que puedan decir de mi y de mi reputación.

— No hace falta que lo jures— una risa ronca y aterciopelada brotó por su garganta, provocando un escalofrío de placer a Zulema— Pero aun así debes de volver.

La besó con ternura y la liberó de su abrazo.

— Y nada de aventuras que te pongan en peligro, ¿De acuerdo?

— No te puedo prometer nada.

Capítulo 12

Enséñame, Rox

Suspiró con pesar mientras se cubría la el rostro con la capucha de su capa. No era el momento idóneo para encallarse en esa clase de pensamientos que no la llevaban a nada bueno. Requería de armarse con fuerza y voluntad para lo que estaba por ocurrir.

Salió al pasillo con tranquilidad, sabiendo que ninguno de los criados se encontraba en esa ala. Era el Día de la Hermandad, un día religioso en el que todos debían de reunirse con sus familias y agradecerle a Dios por vivir un año más, reunido de las personas que amáramos. Pero claro, sus padres no eran partidarios de esta clase de eventos y se habían marchado a la casa de unos amigos comerciantes de parranda. Aldo había ido a casa de Xoel con el propósito de que el mejor amigo de su prima no pasara una noche tan importante solo.

El palacio casi vacío, sus padres sin el mínimo interés por ella y hoy, la fiesta de rememoración de los Arquech tendría lugar en el club de Caballeros de Sigali. Según lo que había descubierto Zulema, todos los años, tras la fiesta que organizaba su madre con entera devoción, los prostíbulos recreaban la temática de la fiesta y se lucraban por ello, con la única diferencia que en esos sitios no había ningún tipo de restricciones. Si Hilda se hubiera enterado, hubiera puesto el grito en el cielo y hubiera invertido todo el dinero posible para que aquello cesara, pero no era el caso. Zulema consiguió aprovecharlo, y decidió que era el momento perfecto para cumplir un punto de su lista: visitar el Club de Caballeros siendo Rox por un día.

Zulema conocía la existencia de Roxane desde hacía mucho tiempo, e incluso había tenido el placer de hablar con ella en más de una ocasión. No le escandalizaba su forma de ganarse la vida, incluso le era muy difícil no sentir curiosidad por saber más de ella. Lo que no le gustaba tanto, era ser la única conocedora de aquel secreto y mentir a los demás criados de la verdadera identidad de la muchacha, que la habían considerado como una muchacha humilde de familia rural que vivía en las afueras de la ciudad. Zuli respetaba la decisión de la mujer por haber rechazado la propuesta de matrimonio de Lucas, ¿Pero por qué mantener aquello tan en secreto?

— ¿Zulema?

La muchacha se giró hacia el foco del sonido, aunque no consiguió atisbar nada entre la oscuridad del pasillo.

— ¿Quién habla? —exigió saber.

— Shhh... Calla, o sabrán de esta majadería todo el maldito palacio —le reprendió una familiar voz. Y sin ni siquiera verle, le dedicó una amplia sonrisa a Lucas, su amigo.

— Vamos — apresuró la muchacha sin poder contener su felicidad.

Cuando estuvieron por fin fuera del palacio, camino al club de caballeros, se permitieron relajarse levemente.

—Señorita Azquech, es un placer...

— No es necesario —intervino antes de que aquella mujer hiciera una reverencia. Ante su cara de confusión, Zule se obligó a sonreír —. No es necesario, por favor, no me trates como si fuera.... bueno... como Zulema Azquech.

—De acuerdo —sonrió nerviosa —, ¿Y cómo quieres que te llame?

— ¿Cómo? —preguntó confusa.

— Supongo que no quiere usar su nombre real, señorita Azquech...

La muchacha asintió, entendiendo todo lo que le decía.

— Tutéame por favor —la prostituta asintió —. No sé cómo...

Pensó rápidamente mientras subían al transporte alquilado. Cuando se sentó en su asiento y se asomó a la ventana, supo cuál sería su nombre: Luna. Aquellas noches significaban algo especial para ella y para Toffe.

— Luna.

— Luna es un buen nombre, exótico, pero bonito — Zulema sonrió agradecida —. Cuando mi Lucas me contó todo el plan, confieso que pensé que era una autentica...

— ¿Locura? ¿Estupidez? ¿Suicidio? —intervino Lucas.

— Locura —asintió, nerviosa, mientras se removía en su asiento, incómoda—Una auténtica locura pero luego pensé: "¿Por qué no? ¿Sí no es ahora, cuando?" Y me las apañé para que mi jefa me diera una invitación para una amiga.

— Te lo agradezco.

Zulema se removía frecuentemente en su asiento, incómoda, y Rox intentó darle conversación para relajar los nervios:— Me agrada saber que el vestido y la capa te quedan bien. Me atrevería a decir que incluso mejor que a mí...

— Eres muy guapa y tienes un cuerpo muy bonito, ahora entiendo por qué Lucas se quedó prendado de ti —la muchacha se sonrojó y Lucas le mandó una mirada de precaución —. Me sorprendió comprobar la calidad de ambas telas.

— En el club de caballeros solamente hay nobles de alta clase, y quieren prostitutas de su mismo nivel, aunque debe existir una diferencia entre lo que tienen en sus hogares y lo que tienen a...

La muchacha acudió con la mirada a su novio, pero no recibió ayuda alguna, por lo que apareció Zulema en su ayuda:

— Comprendo, igualmente.

Ahora entendía el porqué de la abertura de la falda y el amplio escote que llevaba. Aunque sus padres la habían criado con la idea de que el cuerpo no era un tabú, nunca había enseñado tanta piel y mucho menos en una sala llena de hombres dispuestos a fornicar. Se ciñó a la capa al cuerpo inconscientemente.

El resto del viaje se dedicó a repasar el plan. Si todo salía tal y como Rox había planeado: saldría de allí en menos de una hora y Lucas la llevaría de vuelta a su casa. Si el plan no salía tal y como lo planeado... no quería ni imaginarse lo que podría pasar. Estaban nerviosos, de eso no había duda y tampoco era para menos. Rox se exponía a bajar del escalón, al que tanto le había costado llegar y no deseaba volver a ser una prostituta de segunda. Lucas sufría por ambas, pero su trabajo y el de su familia en el palacio estaban en peligro. ¿Y por qué lo hacían? Ninguno sabría decir exactamente por qué, tal vez se sentían en deuda con ella, tal vez sentían pena por su inevitable compromiso, tal vez les faltará seso en la cabeza o tal vez fuera un conjunto de todas estas razones.

Cuando se bajaron del carruaje, Lucas las escoltó hasta la puerta de servicio del Club donde un señor de piel oscura y rasgos muy amenazadores las exigió su pase. Cuando entraron, unos sirvientes les pidieron sus capas y ellas se los dieron sin cruzar palabra. Un hombre de mediana edad que Zulema dedujo que era el encargado de guardar la puerta, las miró de arriba abajo sin descaro alguno y les dio su visto bueno.

—Lo has hecho muy bien —le susurró la pelirroja —. No debes de mostrar jamás pudor o sentirte cohibida ante las miradas.

Zulema dejó que la joven la guiara por el entramado de pasillos y se detuvieron ante una puerta. Rox, golpeó la madera dos veces y sin esperar respuesta, abrió la puerta.

El rumor de las conversaciones femeninas cesó cuando Zulema entró en la habitación. Era la nueva, y no era de extrañar que causara expectación. Una mujer de castigado rostro y cuerpo rellenito, se dirigió hacia ellas con una sonrisa amplia.

— ¿Así que esta es tu chica, Roxane?

—Sí, señora.

— Es un placer, señora.

Zulema hizo una reverencia y la muchacha la miró de la misma forma con la que su padre miraba a sus nuevos negocios.

— Pareces refinada, chiquilla—comentó sin disimular su sorpresa—. Date la vuelta —la muchacha giró sobre sus tacones —. Muchacha, algo me dice que vas a causar sensación —se inclinó hacia ella y susurró —: si hoy haces una buena noche estaría dispuesta a darte un sitio privilegiado entre mis chicas.

Zulema paseó la mirada por la habitación y lo único que vio, fueron miradas afiladas como dardos. Era de entender que con ella allí y la disposición de su jefa para incluirla en su equipo de prostitutas de lujo, implicaba que el puesto de algunas de ellas se viera relegado.

— No la defraudaré, señora.

La mujer volvió a sonreír y se giró en dirección al resto de sus chicas.

—Los hombres llevan un rato emborrachándose y apostando. Están deseosos de una buena compañía y vosotros vais a dársela. Las normas son las mismas que todos los años: no ofender a ningún señor, hacer que todos los nobles participen en los juegos y la que beba demasiado será expulsada de mi plantilla. ¿De acuerdo?

— Si —dijeron a coro las muchachas.

— Pues si no tenéis nada más que decir...

— Disculpe, señora Aurfish—intervino con precaución una muchacha rubia

buenas caderas y con un escote agradecido.

— ¿Si, Elisabeth?

— ¿Qué ocurre si esos bárbaros nos fuerzan? Ya sabéis, esos yuritas.

Un murmullo de voces preocupadas se hizo eco en la habitación. Pero su jefa lo cortó con un simple gesto de manos.

—Sabéis que siempre estaréis vigiladas por un personal de seguridad, por eso no os preocupéis.

— ¿Y si estamos a solas con ellos en una habitación? — volvió a preguntar Elisabeth.

— Evitar gritar, no debemos de montar un escándalo si queremos que nos vuelvan a llamar para el siguiente año.

Zulema trató de evitar su sorpresa ante aquellas palabras pronuncias sin ningún tipo de sentimiento ante su voz. Esta mujer era incluso peor que su padre.

Las muchachas salieron de uno a uno, en orden. Los nervios comenzaron a pasarle factura a la muchacha, ¿Por qué ese hombre debía de estar siempre en todos los lados? Era como la mala hierba.

El camino hacia el salón de poker fue agónico y tortuoso. Se tropezó varias veces, sentía las piernas blandas y temblorosas, sino se había caído de bruces todavía era gracias al brazo que con tanta gentileza le tendía Rox. Si ninguno de los presentes no se percató de su estado de nervios fue seguramente gracias a la estricta educación que le inculcaron desde niña: "aunque tengas ganas de llorar, mantente regia y elegante" El papel de las muchachas era sencillo: conversar con los hombres, animarles a que beban y apuesten, y si es necesario, acompañarles en la intimidad para pasar un buen rato. Cuando las muchachas entraron al salón de juegos, un coro de alegría masculina resonó por toda la sala. Las muchachas se colocaron en línea, exponiéndose ante aquellos hombres levemente embriagados.

— Señores, os presento a mis chicas — dijo con triunfo la alcahueta—. Como han podido apreciar alguno de ustedes, hoy tenemos una nueva integrante. Luna, por favor, da un paso hacia adelante para que puedan verte mejor estos caballeros.

La muchacha notó como las mejillas se tiñeron de rojo y solamente agradeció que su cara estuviera cubierta por la máscara. ¿Qué ocurriría si alguno de esos hombres le descubriera? ¿La hija de los Arquech en el Salón de juegos, ofreciendo su compañía como una vulgar prostituta? La

muchacha dio un paso hacia delante e hizo una reverencia, provocando risas y exclamaciones de sorpresa y agrado. Cuando Zulema volvió a su inicial sitio, la señora Aurfishprosiguió:

— Espero que sean de su agrado y que pasen un buen rato.

—Eso esperamos — toda la atención se centró en un hombre rubio, de fuerte complexión y una sonrisa de los más traviesa. Zuli le había visto con anterioridad, tal atractivo era imposible de olvidar con facilidad— porque hoy es un día especial, hoy es el cumpleaños del mi compañero Lohan — se mal entendió su pausa para pasar saliva y todos rompieron a aplaudir.

El guerrero, sobre su silla miraba con tal furia que hizo que todas las muchachas se estremecieran de miedo, aunque Zulema no por los mismos motivos que ellas.

— Entonces debe de ser el primero en elegir muchacha — dijo uno de los hombres de su lado.

El yurita negó con la cabeza, pero no sirvió de nada. Ante la insistencia de sus compañeros, el General desistió. Se levantó de su asiento, y sin prestar mucha atención, se paseó delante de cada una de las muchachas. Ninguna se atrevía a mirarle a la cara, a excepción de Zule que miraba con reojo la reacción de Lohan.

Cuando el General pasó por delante suya, el corazón de la muchacha latió desbocado. Había tenido contacto visual con aquel hombre y por un momento tuvo la impresión que la había reconocido. Pero aquella corazonada se desvaneció, cuando el yurita pasó de largo con el mismo desinterés que con el resto de muchachas. Aunque debía de sentirse aliviada, sintió rabia ante la indiferencia del guerrero.

— ¿Y bien, señor? —preguntó con impaciencia la alcahueta.

— Ella— sentenció con un gesto de cabeza en dirección a Luna.

Todas las miradas se centraron en ella. Volvió a sentir que sus mejillas se habían encendido y las piernas comenzaron a temblar. Agarró la falda del vestido con las manos, para vitar que los hombres se percataran del temblor de sus manos, pero para su alivio, la atención se centró en el yurita que estaba siendo reducido por un grupo de hombres del tamaño de un armario. Al principio se resistió, pero en pocos segundo se relajó y se dejó hacer. Le sacaron de la puerta y seguido a ello, las demás muchachas rompieron sus filas y comenzaron a conversar animadamente con los varones.

— Luna, no tienes que hacer esto si no quieres,— le susurró con nerviosismo ,Rox—les diré que te encuentras indispuesta. No harán preguntas. Si hubiera sabido que pasaría esto, nunca os hubiera puesto en peligro, os lo juro.

La joven Arquech posó una mano sobre su brazo, tranquilizando a la muchacha.

— No importa, Rox. Quiero hacerlo.

— ¿Estás segura, Luna? — su mirada brillaba por el miedo—No creo que una mujer como tú deba permitirse perder...

— Sí—contestó cortante—. Estoy segura de que quiero hacerlo.

— ¿Señorita? — ambas muchachas se voltearon hacia el joven camarero — El señor Alros os espera.

La muchacha asintió y tras dedicarle una sonrisa tranquilizadora a su amiga, siguió al muchacho hasta una puerta de roble macizo. El criado hizo una pequeña reverencia y la dejó sola. La muchacha abrió la puerta y se encontró con un Lohan, sin camiseta, maniatado y con los ojos vendados. Estaba sentado en una sencilla silla de madera, que contrastaba con toda la () decoración de la habitación, y lucía aburrido.

El guerrero esperó a que la muchacha cerrará la puerta para hablar: — No es necesario que hagamos esta tontería de juego. No estoy de humor.

—A mí me gusta jugar —El muchacho abrió la boca para protestar, pero al instante la volvió a cerrar—¿A usted no, señor Alros?

— ¿Cómo te llamas?—exigió saber.

— Luna, mi señor.

—¿Cómo te llamas de verdad? —estaba molesto.

— ¿Acaso importa?

— A mí sí.

La muchacha ignoró sis exigencias, acarició con las yemas de sus dedos el brazo desnudo del general, provocándole un breve escalofrío.

— ¿Os gusta? —como el general no respondió, prosiguió acariciándole.

La muchacha se colocó entre las piernas del general, le besó el pecho y el cuello hasta llegar a sus labios. Al principio, el general supo resistirse a

sus encantos, pero poco le duró la fuerza de voluntad. Cuando inconscientemente, la muchacha enredó sus dedos en su collar, las alarmas resonaron en su cerebro embotado.

— ¿Zulema? —balbuceó el General, confuso.

— Si es así como deseáis llámarme, seré Zulema, mi señor —le susurró a escasos centímetros de su boca.

Y antes de que el hombre volviera a hablar, la muchacha cubrió su boca con la del general. Fue un beso tan sensual que notó la excitación de Lohan bajo el pantalón.

— Desátame, muchacha — Pero aquello no había sonado como una orden, sino más bien como una súplica.

— Esas no son las normas del juego, General.

—No juegues conmigo, mujer—advirtió.

—Te desataré cuando me canse de jugar contigo —alargó la mano y le quitó la venda de los ojos.

El hombre parpadeó varias veces, al principio estaba confuso y al final, tras poder mirarla de más cerca, comprendió quien era y sus ojos brillaron de pura ira.

— ¿Qué cojones?

—No me hagas amordazarte, Lohan.

La muchacha se quitó la máscara y se atusó el pelo. Sabía que por mucha inocencia que tratará de aparentar no sería suficiente para convencer y tranquilizar a aquel hombre, pero se lo tomó como un juego.

— ¡Suéltame!

La muchacha caviló las opciones que tenía, y decidió aprovechar aquella situación a su favor.

— Antes necesito que me digas la verdad. Ya se ha agotado mi paciencia, Lohan.

— Es todo demasiado complicado para que una mujer pueda entenderlo —exclamó exasperado— ¿Por qué cojones no puedes comportarte con una mujer de tu clase?

— ¿Quién te has creído que eres para insultarme? —la muchacha se levantó de su regazo, estaba furiosa— Has extorsionado a mi familia, a todo el este reino y ahora a saber qué negocios turbios te traes con esa gente—dijo mientras señalaba la puerta, refiriéndose a los hombres de la sala de juegos.

— ¿Crees que estas en la situación idónea para juzgarme? ¿Te has visto? Se te ha ido de las manos este juego tuyo, ¿no te vale con frecuentar tabernas a los brazos de otro hombre, que tienes que hacerte pasar por una prostituta? —su rostro estaba rojo de furia y de impotencia—¿No fuiste tú la que me dijo que no tenía ningún amante? No soy el único que ha mentido.

La muchacha nunca había sentido tantas ganas de abofetear a alguien como a Lohan en esos momentos. La rabia corría por sus venas sin ningún tipo de control

—No tengo ningún amante, Lohan— la temblaba la voz de la rabia contenida —. Aquel muchacho solo era un amigo que me hizo el favor de acompañarme, se llama Lucas. Si hago estas cosas es porque quiero sentir que he vivido antes de casarme, no por la compañía masculina — la muchacha se detuvo unos instantes, decidiendo si decirlo o no— ¡Yo solo quiero estar contigo, maldito imbécil! ¿Es que no quieres verlo?

— Zulema... —susurró el muchacho.

Ya no estaba enfadado, ya no había rastro de ira en su mirada, solamente arrepentimiento por haber insinuado tal cosa.

— Te quiero, Lohan— dijo más tranquila—. Sé que nunca podremos estar juntos y que ante pondrías a tu reino por encima de todo, pero...— la muchacha se quedó sin palabras por unos segundos— Cada día siento más inevitable mi matrimonio concertado y siento que si supiera la verdad, será menos duro todo.

Los ojos de la muchacha se empañaron de lágrimas.

—No llores por favor.

La muchacha negó con la cabeza, se acercó a él y le desató las manos.

—Gracias— susurró el muchacho mientras le acariciaba las muñecas doloridas, sus compañeros se habían excedido en fuerza para inmovilizarle.

Se acercó a la muchacha, que miraba por la ventana con la tristeza reflejada en su mirada. Verla tan vulnerable le partía el corazón. Se acercó a ella y la abrazó por la espalda. Hundió su nariz en su melena

castaña y aspiró su perfume a lavanda.

— Mis primeras intenciones contigo no eran buenas, Zulema. Si he esperado tanto a decirte la verdad es porque soy un auténtico cobarde — la muchacha se giró hacia él, clavándole una mirada de profunda curiosidad—. Temía que no quisieras volver a hablarme.

— ¿Por qué, Lohan?

— Tu padre recibía cada mes, un mensaje amenazando su vida y la de su hija— carraspeó, incómodo por lo que tenía por decir—. Nuestro papel en este reino no era otro que secuestrarte, llevarte a Yuria y pedir por tu cabeza una cuantiosa suma. Pasamos tanto hambre que haríamos cualquier cosa para salir del profundo agujero de miseria en el que estamos metido. Pero absolutamente todo se desmoronó cuando te conocí. Ya no estoy seguro si antepondría a mi reino por encima de ti, yo creía que mis valores nunca cambiarían, pero no ha sido para nada así. ¡Diantres, Zulema, he enviado una carta al rey exigiéndole que me aceptase como su hijo predilecto! Movería cielo y tierra si hubiera una posibilidad para tenerte a mi lado el resto de mis días, ¡incluso iniciar una maldita guerra civil!

Cuando terminó, la mujer tiró con suavidad del brazo del general, le obligó a levantarse. Le dirigió hacia la cama y le invito a sentarse a su lado.

— ¿Estás bien? —agarró un rizo y se lo colocó detrás de la oreja.

— Es todo muy confuso...

— Ya no me importa, no desde que te conocí. Te quiero, Zulema —la muchacha levantó la mirada, asombrada por sus palabras —. Te quiero.

Y lo volvió a repetir no solo para que la mujer saliera de dudas, sino porque era lo que se había negado desde que se había separado se ella.

— ¿Es posible querer a alguien con el poco tiempo que nos conocemos?

— No lo sé — y por primera vez desde hacía mucho tiempo, tuvo miedo. Quería ser correspondido, pero aquella muchacha le confundía en sobremanera.

Pero antes de que sus labios volvieran a encontrarse, unos golpes en la puerta les alertaron.

— ¡Lohan, mamón, los demás también queremos divertirnos! — se

escuchó de forma amortiguada.

— Tengo que sacarte de aquí—afirmó exasperado, mientras volvía a ponerse de pie. La muchacha le imitó.

— ¿Cómo?

—¿Se puede saber cómo has conseguido entrar aquí?

— Roxane y Lucas...

— ¡Oh, mujer!— exclamó, molesto— ¿Se puede saber qué clase de amigos tienes tú? Se supone que eres una dama.

— No te enfades conmigo—le recriminó.

— ¡Lohan, responde maldita sea! —se volvió a escuchar detrás de la puerta.

— No se irán hasta que no contestes. ¡échales, puedo salir de aquí sola!

La miró pensativo.

— No pienso dejar que te vayas de aquí sola.

— No estoy sola, estoy con Roxane y Lucas—replicó la muchacha.

—Necesito saber qué llegarás sana y salva a casa.

— ¿O lo que quieres es saber si llegaré bien a mi cama?—no supo cómo en una situación tan tensa pudo atreverse a decir tal cosa, pero la mirada del yurita brilló por la excitación.

— No me tientes mujer...

Después de varios segundos retándose con la mirada y ante el silencio de la habitaicón, se besaron apasionadamente. Con ansias de más, Lohan la tumbó sobre la cama y la besó con posesividad. Estaban tan sumidos en sus cosas que apenas se percataron de que habían abierto la puerta.

— ¿Todavía estáis vestidos?—preguntó incrédulo el chico rubio que había iniciado aquel estúpido juego.

La muchacha escondió la cara en el cuello de Lohan. Notaba sus mejillas arder y cómo el cuerpo de su compañero se tensaba de furia.

— Vete de una puta vez de aquí— no le hizo falta gritar para sonar

amenazador—¡Y diles a esos bastardos que dejen de molestar!

— Lo siento, Lohan.

Aquel hombre hizo lo que le habían ordenado y cuando se fue, Lohan corrió a disculparse con Zulema por su obsceno lenguaje. La obligó a mirarle y aunque le parecía inevitablemente hermoso su sonrojo, se disculpó de nuevo y la abrazó con ternura.

— Tengo que sacarte de aquí.

La muchacha asintió, se incorporaron de nuevo y se dirigieron hacia la puerta cuando una voz desde el otro lado de la puerta les detuvo.

— Luna, soy yo, Roxane. ¿Todo va bien?

La muchacha corrió a abrir. Detrás de la puerta, Roxane se quedó atónita cuando la vio sin la máscara y el muchacho rodeando la con el brazo la cintura, de forma protectora.

— ¿Tú eres la que ha metido a Zule en este maldito lío? — gruñó, haciendo que la mujer temblará de miedo.

— Sí, señor. Lamento...

— Aquí no tienes que lamentar nada, nadie me ha obligado a venir aquí —defendió a su compañera de aventuras.

— Ya hablaremos tú y yo de estas malditas locuras —le espetó con severidad el guerrero.

El murmullo de una conversación masculina resonó por el pasillo, poniéndoles en alerta.

— Yo puedo entretenerles— propuso Rox, nerviosa.

El General asintió mientras volvía al interior de la habitación y volvía con su camisa y la máscara de Zulema. La muchacha agarró la máscara y se la puso mientras seguía a Lohan por el pasillo. Aunque se encontraron con varios criados, ninguno se atrevió a mirar al General a los ojos. Cuando llegaron a la salida trasera del Club, Lohan le hizo una señal al hombre que vigilaba la puerta y salieron a la calle. La calle estaba silenciosa y a oscuras. Apenas se podía ver más allá de dos pasos, aun así, nada le detuvo. Anduvo con la muchacha hacia el carro de caballos en el que había venido Zulema, inmediatamente, Lucas salió del coche, alarmado.

— Asegúrate que llega sana a casa y deja de ayudarla en esta clase de

tonterías —le ordenó con todo el odio que pudo reunir.

Lucas asintió, y se hizo a un lado para no bloquear la puerta.

—Vamos—le ordenó Lohan con brusquedad. Pero Zule no despegó los pies del suelo.

— No pienso marcharme sin ningún incentivo de volver a verte.

El guerrero se quedó pensativo durante un largo rato. Finalmente, se llevó las manos al cuello y le tendió el collar que siempre llevaba puesto.

— Toma— dijo mientras le depositaba el collar sobre las palmas de la manos.

—No me refería a que...

— Me lo de volverás cuando volvamos a vernos—la empujó con suavidad para que comenzara a andar. Cuando dio un paso, notó el agarre de Lucas en su brazo, llevándola al interior del carro.

— ¿Pero cuando? —preguntó exasperada desde el asiento.

— Pronto.

Capítulo 13

El honor y el Whisky

Zulema mandó marchar a sus doncellas. Estaba cansada, y aunque su madre hubiera insistido en que cenase algo, no concebía la idea de compartir mesa con la familia Damén. No permitiría malgastar ni un minuto de su vida con aquellas personas que la miraban con desprecio, como si tener un pasado trabajador fuera indigno y digno de repudiar. La muchacha se dejó caer sobre la cama, cansada y frustrada a partes iguales. Sentía que en esa casa ya no tenía a nadie con quien confiar, a excepción de Lucas. Las cenas con sus padres se habían vuelto incómodas, y aunque su madre trataba de aligerar la situación con algún cuchicheo de la nobleza, no funcionaban.

— ¿Zulema?

La muchacha volteó hacia la puerta, donde su madre la miraba con preocupación.

— ¿Madre? —reprimió un fuerte suspiro.

— ¿Estás bien?—estaba preocupada, pero aquello no sirvió para suavizar el carácter de su hija.

— Estoy cansada, solo eso. ¿Por qué?

— Últimamente has estado muy distante conmigo, ¿Sigues aun enfadada?

La muchacha rodó los ojos, no estaba dispuesta a tener esta conversación y mucho menos si su madre se hacía la olvidadiza.

— Si, y no creo que jamás pueda miraros a la cara después de haberme comprometido sin mi consentimiento.

— ¡Hija, es por el bien de la familia!

La muchacha cortó el aire con la mano, dejando a Hilda con las palabras en la garganta.

— No deseo discutir, madre. Os rogaría que me dejarais descansar. Volved al salón y cuidar de vuestros invitados.

Hilda no pasó por desapercibido la pérdida de tuteo entre ellas, pero tampoco quiso forzar más la situación. Sabía retirarse en el momento

oportuno.

—Espero que podamos retomar esta conversación mañana, hija mía —como su hija permanecía muda, prosiguió hablando— La madre del Marqués desearía ver a su futura cuñada, pero la diré que estás indispuesta.

— Gracias, madre.

— Aunque tendrás que vértelas con tu padre, está muy decepcionado por tu comportamiento.

Zulema giró sobre sus talones, ignorando a su madre y a sus palabras. Anduvo hacia al ventanal, hacia aquel paisaje que tanto la relajaba siempre. Cuando la puerta se cerró, un pesado suspiro se coló entre sus labios. No le agradaba comportarse de esa forma con sus padres, pero sabía que si no mostraba su descontento, sus padres no dejarían ningún ápice de su vida a su libre elección.

Un grito de horror se coló por su garganta, cuando un pájaro del tamaño de su antebrazo se posó en el alféizar de su ventana.

Toffe, alarmado, se levantó de su cama y corrió en dirección a su dueña. Cuando vio al pequeño águila, comenzó a gruñir.

— Shhh... Toffe, para — trató de calmarle mientras le acariciaba la cabeza. Fuera lo que fuera aquello, no quería alarmar a los sirvientes.

La muchacha se acercó a la ventana, y observó con más detalle aquel animal. Tenía un capuchón que le tapaba la mirada, tenía unas garras fuertes, un plumaje brillante y sano... sin duda era una especie única.

—¿Qué es eso?

Un rulo de pergamino colgaba en una de sus patas, cerca de esas garras capaces de desgarrar el cuero y la madera. Pasó saliva, y trató de tranquilizarse. ¿Se suponía que era un mensaje para ella? ¿Se suponía que debía hacerse con él? ¿Cómo? No quería que aquel animal le hiciera daño, aunque tener a Toffe a su lado le brindaba algo de protección.

No sin miedo, la muchacha abrió la ventana y con exasperada lentitud, acercó su mano al pequeño pergamino. Cuando lo tuvo entre sus dedos, tiró del pergamino con precaución, sin despegar la mirada del animal. Cuando el trozo de papel estuvo completamente fuera del cordón que lo tenía unido a la pata, dejó a un lado el cuidado que había tenido hasta el momento, apartó la mano rápidamente y cerró la ventana con tanta fuerza que los cristales temblaron. El águila echó a volar y la muchacha soltó un profundo suspiro de alivio. Se llevó la mano al pecho y trató de

controlar el acelerado golpeteo de su corazón.

Cuando pudo componerse, se sentó en su cama y miró con curiosidad el pequeño pergamino enrollado. Estaba cerrado con un sello que había visto con anterioridad, era el mismo sello que había visto en el colgante de Lohan.

¡Era el mensaje de Lohan! No mentía cuando decía que se verían pronto. Zulema no pudo contener tanta felicidad, se levantó de un salto y sin poder contener más la curiosidad, rompió el sello y leyó su contenido.

"Te espero en el molino abandonado del final de la colina. No
te olvides del collar. Te echo de menos. L"

La muchacha se llevó la nota al pecho, todavía sin creérselo. ¡La había echado de menos! Si no fuera porque estaba tan feliz que ni si quiera se lo creía, se hubiera reprendido por comportarse como una niña estúpida.

No faltaba mucho para la media noche, corrió hacia su armario y escogió el vestido más cómodo que tenía. Cuando agarró un farolillo de su habitación para iluminar el camino, se frenó en dirección a Toffe y con un simple gesto de cabeza, el animal entendió que tendría que acompañarla. Aquello era excitante, no lo iba a negar, pero le parecía raro. Lohan siempre le había dado importancia a su seguridad, pero mandarla a caminar sola por el bosque y en plena noche, no era muy seguro que digamos.

— Supongo que seguridad y encuentros clandestinos no van de la mano, ¿verdad Toffe?

El animal la miró sin comprender, y después de unos segundos, volvió a centrar su atención en el camino.

Cuando salieron de los límites de su propiedad, Zulema decidió seguir el camino aunque conociera un atajo hacia los molinos. La noche era oscura, y no deseaba perderse.

— Toffe, no te vayas lejos— susurró con la esperanza de que su acompañante la escuchara.

Suspiró, tal vez llevarse a su mascota a aquella aventura no había sido una buena idea.

El sonido de una rama partiéndose la puso los sentidos alerta. No había sido Toffe, había sido una persona. Zulema miró desesperada a su alrededor, ¿Qué debía de hacer? ¿Esconderse? ¿Y si era Lohan? Pero

pronto descubrió la respuesta.

— No debía de haberme tomado esa última copa de whisky.

— Deja de decir estupideces, Arpi, estamos perfectamente—Aquella voz pertenecía al Marqués de Damén.

La muchacha corrió a esconderse tras un ancho tronco, sin separarse mucho del camino. Apagó la vela de su farolillo y trató de relajarse. Los pasos estaban cada vez más cerca.

— ¿Dónde diablos se ha metido?

— ¿Estás seguro que era ella? — dijo su acompañante. Ambos arrastraban las silabas por culpa del alcohol.

— ¡Claro que sí, estúpido! Esa muchacha aprehenderá por las malas a no dejarme en ridícula ante nadie.

A partir de aquel momento, todo pasó demasiado rápido. Los pasos se hicieron aún más cercanos, y antes de que la joven Arquech pudiera reaccionar. Notó un fuerte agarre en el brazo.

— Vaya, vaya... ¿A quién me he encontrado por aquí? —el aliento del Marqués apestaba a Whisky, y su miraba no denotaba nada bueno.

[...]

Lohan caminó en círculos, preocupado. La hora ya había pasado y Zulema no había llegado. Todo tipo de supuestos pasaron por su cabeza: ¿Se habría arrepentido de sus palabras, ya le quería? ¿Y si no se había atrevido a tomar su nota del animal? ¿La abrían asaltado durante el camino? El yurita maldijo para sus adentros, se estaba volviendo loco. Lanzó órdenes a sus guerreros y junto juntos dos de sus hombres, iniciaron la marcha hacia el palacio de los Arquech. Habían estado mucho tiempo atrás estudiando cada una de las debilidades del palacio y aunque el plan de secuestro, por lo que Lohan supo llegar al establo sin ser visto. Lucas se alertó al verle.

— ¿Qué hace usted aquí?—gruñó nervioso el criado.

— Sé de tu alianza con Zulema para tirar toda su reputación a la basura, asique, tú decides: o tenemos una conversación aquí mismo donde todo el mundo pueda vernos, o me dejas entrar.

Lucas no paró ni un instante en mirar de lado a lado, nervioso.

— Sígame —ambos se introdujeron en la trampilla oculta, y para sorpresa del yurita, Lucas no le llevó a la habitación de Zulema.

Le guió a una habitación llena de juguetes.

— Era la habitación de juegos de la señorita Zulema cuando era pequeña,— explicó el criado — sus padres no han pisado esta habitación desde que su hija cumplió los doce, y los sirvientes no entran para nada aquí— se enganchó el juego de llaves en su cinturón y le miró con determinación— Desembuche para que pueda marcharse lo antes posible.

— Zulema no ha venido a nuestra cita, y no sé a quién más recurrir.

— Eso no es posible... — el enfado se vio ensombrecido por una creciente preocupación — Vi cómo se marchaba en dirección al molino.

— Nunca llegó.

— ¡Oh, madre mía!—exclamó preocupado el sirviente— ¡Debemos de comunicárselo a sus padres, a los guardias, a quién sea!

—No— cortó con brusquedad—. Si se llegan a enterar de la relación entre ella y yo, no dudarán en juzgarla por traición. Además, su compromiso con el Marqués de...

Algo dentro de la cabeza del guerrero pareció conectarse.

— ¿Ha tenido algún otro encuentro con el Marqués de Damén?

— Vino con su familia, pero Zulema se negó a verles. Todavía están aquí sus caballos y creo que se quedarán a pasar la noche... — el joven criado se quedó pensativo por unos instantes —hace apenas unos minutos, descubrí a el marqués y a su primo yendo en dirección a la puerta que conecta con el bosque. Les ofrecí ensillar sus caballos, pero me dijeron que preferían andar y despejarse un poco. Iban bebidos y deduje que no se adentrarán al bosque sin conocerlo. ¿Crees que se han podido encontrar con Zulema?

— Debemos darnos prisa.

Se encaminó hacia la puerta, pero antes de que tirara del pomo, Lucas le entretuvo— ¿Qué quiere decir, señor?

— Coge tus cosas, te lo explicaré por el camino. Mis hombres nos esperan en el bosque.

Capítulo 14

Sangre y vísceras

Aquel hombre le agarraba con fuerza, y lo más seguro es que aquello le dejará un feo hematoma en el brazo, pero se obligó a no protestar. Su instinto le gritaba que no lo hiciera porque seguramente recibiera algún otro golpe como respuesta. La muchacha obligó a su cerebro a pensar. No quería estar a solas con aquellos hombres, sentía pánico solo con pensar en qué podría ocurrirle después, y ni si quiera el temor de ser encontrada fuera de sus aposentos, le disminuían las ganas de huir.

— Me has puesto en ridículo delante de toda mi familia, ¿Quién te has creído que eres, maldita furcia? — la mirada del Marqués brillaba de pura furia — Me has dejado plantado, delante de mis padres y de mi hermano pequeño. ¡Maldita zorra!

A medida que hablaba, pequeñas gotas de saliva chocaban en el rostro de la muchacha, y el olor que emanaba de su boca le provocaba arcadas.

—Lamento si os he ofendido pero no me encontraba bien.

— ¿Pero sí que os encontráis en forma para hacer paseos nocturnos en el bosque?—su acompañante se tropezó con una rama que sobresalía del suelo y trastabilló, cayéndose al suelo. Dio un puñetazo al suelo y exclamó con fuerza—¿A dónde cojones vamos, Anthony?

El Marqués, bruscamente se dio la vuelta, arrastrando a la muchacha consigo.

— Pienso enseñarla quien manda aquí— la zarandeó con fuerza—No quiero que los gritos alerten a nadie.

—¡Ni se te ocurra tocarme ni un pelo, estúpido idiota! ¡Bruto! — la muchacha tiró de su brazo, sin conseguir ningún tipo de resultado— ¡Mi padre mandará que te corten la cabeza si osáis sobrepasaros conmigo!

— ¿Y quién os creerá? — le espetó.

—No pienso casarme con un imbécil como usted, que todavía no ha salido de debajo de las faldas de su madre.

El marqués la golpeó con el puño en la mejilla. La muchacha cayó al suelo y no le dio tiempo a recomponerse cuando recibido una patada en un costado del cuerpo. Un grito brotó de los labios de la muchacha y las

lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

— ¡Toffe! — chilló con todas sus fuerzas, pero solo recibió otra patada en el mismo costado.

— ¿A quien llama, Anthony?

— A su estúpido perro.

— ¿Deberíamos tener cuidado?—preguntó con cautela.

— No, es solo un animal estúpido que no sirve para nada, salvo para comer y lamerse los huevos.

— ¡Qué envidia!

Los muchachos rieron a carcajadas mientras se cebaban con la muchacha en el suelo. Todos los golpes los recibía en el torso y en las piernas, nada visible que les delatara a primera vista.

—¡Vamos, levanta de una puta vez! — el marqués le agarró del brazo y tiró de ella hasta que se puso en pie— Si gritas una sola vez, juro por Dios y por mi sagrada familia que te rajo aquí mismo.

La muchacha le miró con impotencia. No quería morir, pero no poder forcejear o luchar para que aquellos hombres no la infligieran más dolor del que ya estaba sintiendo, la heria desde dentro. El marqués la estrelló con fuerza sobre la corteza de un árbol y comenzó a levantarle la falda del vestido.

— No, ¡Déjame! ¡Para!

Sus gritos se apagaron cuando notó la afilada hoja de un cuchillo sobre su garganta.

— Cállate — le ordenó Anthony— ¿No venías a por esto? Pues vas a tenerlo.

Notó como se rasgaba su ropa interior y una mano fría, le tocaba su intimidad sin ningún tipo de tacto.

— No, por favor... —Rogó en apenas un hilo de voz— No me hagáis daño, por favor...

— Es por tu bien y el de tu familia, Zulema...

Notó cómo trataba de forzar su entrada con su miembro, pero antes de que la penetrara, un rugido rompió el silencio y fue seguido por un grito

desgarrador.

El Marqués se volteó con violencia y vio a su primo en el suelo siendo atacado por una bestia de color negro: Toffe. El animal le había desgarrado la garganta y ahora le miraba furioso. Zulema nunca le había visto de ese modo, siempre había sido lo más cercano a un peluche pero esta noche era lo contrario a inofensivo. Gruñía, enseñando sus imponentes dientes manchados de sangre.

— ¿Qué diablos?

Agarró a la muchacha con fuerza, poniéndola delante suya a forma de escudo humano. La muchacha forcejeó hasta que la daga del Marqués le apretó con fuerza la sensible carne del cuello. Un hilillo del color oscuro se deslizó por su cuello hasta perderse en el interior del vestido.

— Dile a tu animal, que se detenga.

Pero la muchacha, presa del miedo, no pronunció ni dijo nada. Solamente los gritos ahogados de auxilio de su primo y el gruñido de Toffe decoraban el silencio.

— ¡Vamos! — la apremió.

— Toffe, para. ¡Cálmate chico!

Pero el perro no obedeció. Sus ladridos resonaron por todo el bosque, retumbando en cada uno de sus rincones dormidos.

El Marqués trató de moverse con su presa todavía en las manos, tenía la esperanza de huir, pero aquel lobo parecía no tener intenciones de dejarle salir de allí con vida.

Les siguió con la mirada, y esperó el momento indicado para huir.

Lanzó a la muchacha sobre el animal y con la poca suerte de tropezar con la misma rama que había encontrado su primo, cayó de bruces. El animal, se lanzó hacia él, pero lejos de herirle en gravedad, le mordió un brazo y luego soltó. El Marqués, presa del pánico, volvió a ponerse en pie y corrió en dirección a la oscuridad. Toffe le siguió, y Zulema se quedó en aquel claro muerta de miedo y sola.

Los gritos de horror del Marqués resonaron en el bosque, y tras ellos, gruñidos y ladridos de su animal. Toffe pensaba torturar a aquel hombre que había osado a herir a su dueña de la misma forma con la que capturaba a su comida: persiguiéndola y dándola esperanzas de que

podría salvarse, pero nunca salían con vida de aquel juego.

La muchacha apartó la mirada con horror, aquel escenario era lo más grotesco que había visto en su vida. Vacío su estómago, y cuando terminó comenzó a llorar sin cesar. Apenas se percató de que Lohan y sus hombres la habían encontrado, hasta que no les vio delante de sus narices.

Lohan, sin disimular su preocupación en su cara, corrió hacia la muchacha y la abrazó con sus fuertes manos. Cuando comprobó que estaba a salvo y la separó de su pecho unos centímetros, lo suficiente para poder analizarla con detalle. Su corazón se oprimió cuando le vio la mejilla levemente hinchada, hematomas en los brazos y su vestido rasgado.

— Pienso desgarrar a ese Marqués en cuanto le...

La muchacha le acarició la mejilla, tranquilizando la ira que se había acumulado en el pecho del general.

— Creo que Toffe ya se ha encargado de él y de su primo — el general desvió la mirada de la muchacha una fracción de segundo para fijarse en el despojo humano que estaba tendido en el suelo. Tenía la cara desfigurada y la garganta desgarrada, solamente una bestia podía hacer aquello, y le costaba pensar que hubiera sido Toffe— Llévame a casa, Lohan. Por favor...

— Lo siento, ha sido todo mi culpa. Nunca debía de haberos puesto en esta situación, ha sido culpa mía y...

La muchacha le acalló con un tierno beso en los labios, provocando que el muchacho deseara meterla en su cama y no dejar que saliera nunca más.

Capítulo 15

La guerra

Zulema acababa de ver morir a un hombre de una forma horrible, había escuchado sus sollozos rogando ayuda y había dejado que se ahogase en su propia sangre, pero no había sido la única muerte aquella noche. Ella lo sabía aunque se hubiera reservado el impulso de preguntar que qué pasaría a partir de ahora. Cuando Lohan la besó y la ordenó que volviera a sus aposentos, en cualquier otra circunstancia habría replicado y discutido, pero ese no era el momento.

Ella, acompañada de dos sirvientas que la miraban con preocupación, se dirigió a sus aposentos y no se detuvo ni si quiera cuando los gritos resonador por todo el castillo. Para cuando llegó a su habitación y se introdujo dentro, la discusión había terminado y había dado paso al ruido de las espadas. La muchacha dejó que las sirvientas se encargaran de ella, la lavaran y la cambiaran de ropa como si fuera una muñeca de trapo y la comparación no se alejaba a la realidad, ya que la joven sentía que su cerebro y sentidos se hubieran detenido, incapaces de asimilar nada.

—Señorita Azquech, Toffe está aquí — dijo una sirvienta con miedo al ver al animal cubierto de sangre.

La muchacha abrió los brazos y el perro corrió a su posición, ansioso y feliz al mismo tiempo. La muchacha le acarició su pesada cabeza y le ordenó que se subiera a su cama. El perro así lo hizo y la muchacha se recostó a su lado sin cesar sus caricias.

— Tú madre pondrá el gritó en el cielo si ve a Toffe ahí, señorita.

— ¿Acaso importa ya? Creo que es uno de los peores males que tenemos ahora mismo —un horrible pensamiento recorrió su mente—Mi madre nunca mandaría matar a Toffe por lo que ha hecho, ¿Verdad?

—No podría aseguraros nada, mi señora.

—Dejadme sola —ordenó a las doncellas.

— Pero señorita, nos han dado órdenes claras de que no la dejemos sola en ningún momento.

La muchacha estaba dispuesta a gritarles que se largaran, pero se detuvo al ver al hombre que amaba en el marco de su puerta. Tenía la ropa manchada de sangre y respiraba agitadamente, como si hubiera corrido

medio castillo para llegar lo antes posible.

— ¿Lohan? —murmuró atónita.

— ¡Señor, usted no debe de estar aquí! —le reprendió una de las doncellas.

Lohan apartó a la criada de un empujón y caminó en dirección hacia donde se encontraba la joven, de pie.

— ¡Bárbaro!

La muchacha le vio acercarse a ella y sin pronunciar ninguna palabra, el General se abalanzó sobre su boca y se entregaron completamente el uno en el otro. Cuando el yurita se alejó de ella, ambos estaban jadeando.

— No soy un príncipe de cuento y mucho menos me parezco a cualquiera de los nobles que hayas podido conocer dentro de vuestras fronteras, pero... —hizo una pequeña pausa para ordenar sus pensamientos — Cuando quiero a alguien la cuido y la protejo hasta el fin de mis días.

—¿Lohan? —preguntó confusa.

— Cásate conmigo.

— Pero, ¿Qué pasaría si...?

Claro que quería, pero las cosas eran más complicadas de lo que parecían, y ambos lo sabían.

— Cuando vi que no llegabas a nuestro encuentro, me preocupé y me asusté al pensar que nunca más podría volver a verte —le acarició la mejilla —. Cuando te vi en el suelo cubierta de sangre sentí... ¡No sé ni qué sentir! Prometí a mis dioses que si todavía estabas viva nunca volvería a permitir que te hicieran daño.

— Lohan... —una lágrima corrió por su mejilla, emocionada, triste por saber que la persona a la que amaba se había sentido tan desdichado por su culpa.

— ¿Zulema, quieres casarte conmigo? —volvió a preguntar con más calma.

— Si, ¡Claro que sí! Sí, quiero.

La tensión que había sentido el General en ese momento se disipó, y aunque su entusiasmo era tal, que sentía la necesidad de gritarlo a los

cuatro vientos, se contuvo.

— Marchaos, todos —ordenó a los presentes. Pero ninguno se movió de su sitio, estaban asombrados por todo ello—¡Ahora! —gruñó.

Cuando todos se marcharon, el muchacho la elevó del suelo y la muchacha se enganchó a su cadera con las piernas. El yurita se inclinó sobre la cama, y la besó con ternura.

—Llevo deseando este momento desde el día en que te conocí.

— Te quiero —el muchacho la miró asombrado por sus palabras —. Estaba deseando decírtelo desde hacía mucho tiempo.

—No sé qué he hecho para merecerte.

—Quiéreme.

[…]

Su matrimonio ya había sido consumado incluso antes de llevarse a cabo la ceremonia. Al día siguiente a primera hora de la mañana, un responsable religioso fiel a la familia Arquech por los caritativas donaciones de su familia con las asociaciones de huérfanos, les unió en matrimonio. En la misma tarde, Zulema, Lohan y el resto de sus compatriotas retomaron el camino de retorno a Yuria. Enzo capitaneó la nave, dejando que su amigo disfrutará de las pocas horas de intimidad con su esposa. La guerra era inminente, la noticia de la desaparición del Marqués pronto tendría su repercusión, pero para cuando las deficientes instituciones royeckas se organizarán, la ciudad de Sigalí ya habría cerrado sus fronteras y habían armado a todo hombre en edad de empuñar un arma. Desde hacia mucho tiempo, el inconformismo había estado presente en cada uno de los hogares sigalís.

Felip se había encargado de contratar al personal más cualificado para difundir las noticias de la forma más conveniente para él y los suyos, como siempre, nunca dejando nada al aire. El pueblo se tomó como una ofenda personal que el Marqués, por orden directa del rey, decidiera forzar a Zulema, la muchacha que destinaba fondos al mantenimiento de orfanatos y que contrataba a juglares para animar a los enfermos del hospital sigalí. Toda la ciudad odiaba a su rey por intentar mancillar el honor de Zulema y Felip les había dado en bandeja de plata la posibilidad de rebelarse contra un sistema opresor que ya no les dejaba ni respirar. Aun así, no todos los sigalís estaban contentos con la alianza yurita, al fin y al cabo, eran los responsables de decenas de muertes de sus compatriotas y el motivo de muchas pérdidas económicas.

Mientras tanto en Yuria, los soldados se preparaban hacia una guerra que no auguraba nada bueno. Lohan vio acercarse a su mujer con evidente nerviosismo. Dejó las riendas de su caballo y a medida que se acercaba, alabó en silencio su belleza.

— ¿Qué ocurre, amor?

La muchacha sonrió, calmando a su marido.

— Te voy a echar de menos.

— Y yo a ti — la besó en los labios y la miró a los ojos. Algo le escondía, intuirlo.

— No habrá día que anhelemos vuestra vuelta—ronroneó.

— ¿Anhelemos?

La muchacha cogió la mano del guerrero y la condujo hacia su vientre.

— ¿Qué...? — El guerrero estaba confuso.

— Estoy embarazada, Lohan.

— ¿Cómo...?

La muchacha alzó las cejas, divertida.

— ¿Es necesario que te explique como ha ocurrido?

— Pero...

— ¿No estás feliz por la noticia, Lohan? — la diversión mudo la cara de la muchacha — ¿Debería del haberme esperado a que hubieras vuelto? ¿He hecho mal?

— ¡No! No, amor, no — la besó, preocupado por haberla podido haber herido sus sentimientos — ¡Me has hecho el hombre más feliz de todo el continente! ¡Claro que me alegro! — la besó en los labios, en las mejillas, en el cuello y fue bajando hasta llegar a su vientre sin importarle quien pudiera verle— Voy a ser padre...

— Vuelve sano y salvo, Lohan — le rogó la muchacha mientras le pasaba los dedos por su melena negra —. No sé si podría cuidar a nuestro hijo sola.

— Volveré —se volvió a poner de pie —, te lo juro.

Cuando la alianza y la muerte de la familia Damén llegó a los oídos de la familia real y de las instituciones, que no se tomaron aquella información como traición. Exigieron represalias sin demora, pero la deficiente organización royeck dio una ventaja a los yuritas que se hicieron con las tierras de Damén y bloquearon todos los caminos y puertos comerciales. Sin la contribución de impuestos a las arcas reales y el aumento incontrolado del precio de los alimentos, hizo que hubiera un ejército desnutrido y descontento. Ante esta situación, las instituciones royeckas aumentaron el salario de los capitanes para que mantuvieran a sus subordinados a raya. Pero la corrupción de las instituciones hicieron que las arcas del reino mermaran con una rapidez apabullante y en menos de dos meses, el reino de Royeck se arruinó. Los soldados royecks se amotinaron y dejaron que el ejército yurita llegara a las puertas del castillo real, donde decapitaron a cada miembro de la familia real e institución religiosa.

Capítulo 16

Lohan nunca había estado tan nervioso en su vida, la mujer que amaba se encontraba al otro lado de la puerta, pero que no hubiera bajado a recibirle después de los dos años sin verse, le tenían asustado. Había estado informado de cada cosa que ocurría en aquel castillo, había sabido del intento de asalto por parte de sus enemigos y del parto con éxito de su mujer. ¿Cómo se encontrarían?

Cuando abrió la puerta, se encontró a su mujer durmiendo plácidamente sobre la cama. A su lado, un bebé gordito, con las mejillas rosadas y el pelo negro y fino.

Se introdujo con sigilo en la habitación y se sentó al lado de su esposa. Tenía muchas ganas de conocer a su hijo, pero le daba miedo la reacción que pudiera tener el bebé. Nunca se había enfrentado a uno.

— Amor... — la llamó con dulzura mientras la agitaba suavemente el brazo. La muchacha gruñó con fastidio —Ya he vuelto, cariño.

La muchacha abrió lentamente los ojos, hasta que pudo ser consciente de lo que pasaba: su esposo acababa de llegar de la guerra. Se abalanzó a él llorando de alegría.

—Te he echado muchísimo de menos.

El hombre la separó de su pecho y tras apartarla las lágrimas de los ojos y obligarla a mirarle, dijo—: No pienso volver a irme jamás de tu lado.

Se fundieron en un beso apasionado hasta que los llantos del bebé les sobresaltaron.

— Tranquilo, cariño... Shhh...

La muchacha cogió al bebé en brazos y lo acunó. Su padre les miraba embobado, con una sonrisa estúpida en la cara.

—¿Quieres cogerlo?

— ¿Puedo?

— Eres su padre —contestó divertida.

— ¿No le haré daño?

— Por supuesto que no, tonto — la mujer rió suavemente para no asustar

al bebé y se lo colocó entre los brazos.

— Todavía no le he puesto nombre oficial, pero me gustaría mucho llamarle Kaled ¿Te gusta el nombre?

— Me encanta — dijo con una sonrisa de oreja a oreja —. Tiene los ojos muy grandes.

— Y negros—añadió la muchacha —, como su padre.

— Siento de veras haberos puesto en peligro y haberme perdido el primer año de vida de nuestro hijo...

— No importa — le interrumpió con cariño — Después de tanto tiempo estamos todos juntos, por fin podremos ser una familia.